

Trabajo Fin de Grado

**Los Ateneos libertarios: una
aproximación al movimiento
libertario español a través de sus
espacios de sociabilidad**

Autora:

Manuela Salas Cortés Báez

Director:

Pedro Víctor Rújula López

INDICE

0. RESUMEN	3
1. INTRODUCCIÓN.....	4
2. ESTADO DE LA CUESTIÓN	8
LA CATEGORÍA “SOCIABILIDAD”	12
Origen.....	12
Herencia	15
Hispanismo francés	15
Historiografía española.....	17
“CRISIS DE PARADIGMAS”	20
“HISTORIA CULTURAL”, “HISTORIA SOCIOCULTURAL” Y “CULTURA COTIDIANA”	22
“CULTURA VIVIDA” Y SOCIABILIDAD”	24
3. SOCIABILIDAD LIBERTARIA	27
SOCIABILIDAD POPULAR	27
SOCIABILIDAD OBRERA.....	28
EL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL.....	32
Historiografía	32
Núcleos anarquistas.....	34
Cultura anarquista	35
LOS ATENEOS LIBERTARIOS	38
Modelo asociativo	39
Sociabilidad libertaria.....	45
Trayectoria histórica.....	48
Centros de socialización y militancia.....	53
4. CONCLUSIONES	56
5. BIBLIOGRAFÍA	59

0. RESUMEN

Durante el primer tercio del siglo XX se puso en marcha toda una red de Ateneos “libertarios”, “racionalistas”, “sindicalistas”, lo que constituye uno de los rasgos del comportamiento asociativo libertario español, pese a tratarse de un cuerpo heterogéneo en sus planteamientos y prácticas. La impronta de sus acciones fue posible porque la cultura anarquista emanaba fundamentalmente de sus redes de sociabilidad.

Estos ateneos fueron centros de difusión y adoctrinamiento ideológico, así como de formación del militante, pero también actuaban como plataformas de divulgación cultural. Se insertan dentro de un programa de prácticas revolucionarias basadas en el poder transformador social de la cultura, rol central de la configuración y definición de la identidad ácrata, siempre heterogénea en sus perfiles, pero también en la convicción del poder de la educación que desempeñaría en la emancipación del individuo. Por esa razón su historia se inscribe en las diferentes formas de acción colectiva que constituyeron las culturas obreras, las cuales emanarían una(s) cultura(s) e identidad(es) propias que surgirían enfrentadas a la cultura y la sociabilidad dominantes.

1. INTRODUCCIÓN

El propósito de mi trabajo es realizar una aproximación a los estudios de sociabilidad que se han desarrollado en el corazón de la disciplina histórica y que han participado y contribuido en una y otra forma a la renovación de la historia política, social y cultural que ha tenido lugar en España en la última década del siglo XX y en los primeros del siguiente.

Estructurado en dos partes, pretendo, en primer lugar, trazar un recorrido de su evolución, desde su surgimiento en la historiografía, y, en particular, en la historiografía de la Historia contemporánea de España, así como su desarrollo conceptual y metodológico, a través de la valoración de los historiadores e historiadoras que han trabajado dicha categoría, buscando mostrar la trascendencia que comporta el estudio de las formas y los espacios de sociabilidad para la comprensión y configuración de la sociedad actual. De la misma forma, inserto dicha problemática en el contexto general de crisis que atravesó la disciplina, más acentuadamente, desde la década de los 90.

En segundo lugar, acoto mi trayectoria en una exposición comparada de los espacios de sociabilidad de carácter popular de la España del primer tercio del siglo XX, en concreto, vinculados con las culturas políticas del movimiento obrero, centrándome en el movimiento libertario español. Específicamente, siguiendo las reflexiones del profesor Javier Navarro Navarro, recorro el papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias, entre 1931 y 1939.¹

A su vez, se observará la existencia de dos apartados más, uno dedicado a emitir las conclusiones del trabajo, en el que se expondrá una recopilación de los

¹ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d'història cultural*, 8, 2005, pp. 64-104.

argumentos expuestos a lo largo del mismo; y otro destinado a mostrar las principales referencias bibliográficas utilizadas para su confección.

Este trabajo está íntimamente influido por las historiadoras Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, quienes afirman que se necesita de la interrelación de factores de la vida cotidiana, la vida privada, las formas de vida y los modelos culturales interiorizados en prácticas sociales, costumbres o rituales por las diferentes clases sociales; lo que denominamos “cultura cotidiana”, con el estudio de la historia política e institucional para la comprensión de los cambios y las transformaciones que experimentó la sociedad española de los años treinta, así como para entender el significado diverso de este tiempo histórico de la República y de la guerra y de cómo fue vivida por las diferentes clases y grupos sociales.”²

Bajo esta conceptualización, ambas autoras otorgan especial validez al “estudio de los espacios donde transcurre la vida de los diferentes grupos sociales: espacios urbanos, rurales, públicos, domésticos, lúdicos, de sociabilidad, etc.; y que están en permanente proceso de redistribución, de exclusión o de negociación”; como de las variables que se refieren a las relaciones de género y a su vinculación con lo público como lo privado porque, tratándose de relaciones que han hecho tradicionalmente menos visible a la mujer en el espacio público, también han hecho más significativa su presencia en la privacidad, en la vida cotidiana.

Es, bajo esta convicción, que he decidido dirigir mi atención hacia los Ateneos libertarios por ser unos espacios referenciales dentro de una de las culturas políticas características de la Historia contemporánea de España en el siglo XX.

No obstante, la proximidad más estrecha a esta cultura política debo reconocérsela al profesor Javier Navarro Navarro. Navarro pertenece a esa corriente de historiadores que señala la importancia de realizarse estudios de historia sociocultural para profundizar en el análisis del período republicano y, en general, en el conjunto de los movimientos sociales en la España contemporánea. Por esa razón hace referencia, especialmente, al papel de los elementos y valores

² Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, p. 181-182.

culturales y simbólicos en el análisis histórico y, en concreto, a su peso específico en las diferentes formas de acción colectiva características de la época contemporánea. Porque “la movilización social no depende únicamente de la existencia de una serie de condiciones materiales y estructurales, sino también de la manera como interpretan los sujetos esas condiciones”.³

Sus trabajos se centran en el estudio de aquellas prácticas culturales que cumplían la doble función de socialización y formación de la masa social, aunque sin restringirse en una concepción de la cultura en un sentido tradicional. De hecho, se dedica más bien, a las prácticas sociales y culturales concretas desplegadas por los anarquistas y sindicalistas, en la década de los treinta, especialmente en sus perfiles más reales y cotidianos.⁴

“El punto de conexión”, afirma en otro de sus trabajos dedicado a la sociabilidad libertaria, “era justamente la consideración, desde la perspectiva anarquista de lo cotidiano como un ámbito de lucha, como un espacio para la puesta en marcha de prácticas al margen del control del Estado que dibujaran los contornos de una vida alternativa”.⁵

Los anarquistas españoles tenían un firme convencimiento de la fe en el perfeccionamiento humano a través de la inteligencia, el conocimiento y la voluntad personal de mejora, y reafirmaban la presencia relevante de la acción y de la reflexión cultural en el programa ácrata en dos sentidos: “en el de la necesidad de la restitución de la cultura al pueblo –garantizando su acceso a ésta- y la erradicación de la ignorancia, sinónimo a la vez que efecto perverso de la explotación. Pero también por la convicción de la labor cultural como un valor revolucionario en sí mismo, factor de liberación y transformador de la realidad y del individuo y, por tanto, inseparable del proyecto emancipador”.⁶

³ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 20.

⁴ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 22.

⁵ Javier Navarro Navarro, “Los educadores del pueblo y la «revolución interior». La cultura anarquista en España”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 191-217.

⁶ *Idem*, p. 192.

A la importancia central que otorgaron los libertarios españoles a la cultura y a la educación, demostrada por referencias indiscutibles en la disciplina histórica y en la materia en concreto, como José Álvarez Junco o Lily Livtac, y siguiendo la hipótesis de partida de Javier Navarro Navarro, investigador que defiende el papel fundamental que ejerció la amplia gama de actividades, relaciones, afectos y valores tejida en torno a los espacios asociativos que son sujeto de estudio, los ateneos libertarios, y, en un sentido más general, en las redes de sociabilidad del movimiento, para la construcción de una identidad anarquista y en la conformación de un tipo de vida y de cultura militantes,⁷ se deben los esfuerzos de este trabajo.

Me guían además dos importantes reflexiones que han atravesado su desarrollo y que han marcado determinantemente a la autora. La primera es la afirmación de Manuel Pérez Ledesma acerca de la “movilización” o “acción colectiva”, acerca de que “para hacer posible una movilización, es necesario contar con «recursos culturales»”.⁸ Y la segunda es la de Serge Berstein, que defiende que una cultura política es más fuerte cuando es capaz de difundir con más éxito un contenido político por otras vías que las que se suelen asociar estrictamente a la política.⁹ Bajo estas palabras he querido aproximarme, modestamente, al estudio de la sociabilidad del movimiento libertario. Una historia, todavía, “inconclusa”.¹⁰

Por último, quisiera manifestar mi agradecimiento a mi tutor, Pedro Rújula López, por haberme orientado en la elección de la temática, pues me resultó una tarea ciertamente compleja. Aunque finalmente, los motivos y razones de ello son absoluta responsabilidad de la autora, he decir también que, una parte de las complicaciones he de achacárselas a la disciplina histórica, pues me ha otorgado conocimientos que me han suscitado más preguntas que generado respuestas. Y de igual manera, entrego mi agradecimiento a mis propias redes de apoyo.

⁷ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 18.

⁸ *Idem*, p. 10.

⁹ Javier Navarro Navarro, “Los educadores del pueblo y la «revolución interior». La cultura anarquista en España”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, p. 217.

¹⁰ Julián Casanova, “Guerra y revolución. La edad de oro del anarquismo español”, *Historia Social*, 1, 1990, pp. 63-76.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

La categoría “sociabilidad”

Para comenzar tomaremos como referencia indiscutible en esta trayectoria al profesor Jordi Canal i Morell, por ser uno de los referentes destacados dentro de esta corriente, pues es uno de los historiadores que ha incorporado y utilizado para sus trabajos sobre historia de la política la categoría de sociabilidad,¹¹ como por sus reflexiones acerca de la misma y expuestas dentro del territorio nacional, y sobre las que nos dedicaremos con mayor atención a continuación, como en el panorama internacional.¹² Reitera que se trata de un concepto que si bien debe tomarse con cautela y criterio, ofrece grandes posibilidades para futuras investigaciones y para replantear viejos problemas con una nueva mirada.¹³

Canal ha escrito durante largo tiempo sobre la dimensión de la sociabilidad y el espacio que ocupan sus estudios dentro de la disciplina. Su trabajo “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, publicado en 1992 en la revista *Historia Contemporánea*, es uno de sus trabajos, según reconoce el propio autor, más citados. Con él daba a conocer la categoría, de la cual ya destacaba su carácter mutable y en continua construcción, que habría permitido estudiar las más variadas temáticas, “del café a la familia, de las asociaciones obreras a las militares, del termalismo a la vida de salón, de las agrupaciones

¹¹ Referencias indiscutibles sobre la utilización de este concepto son sus trabajos sobre la sociabilidad carlista. Citaremos a modo de ejemplo Jordi Canal, “Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)”, *Historia Social*, 15, 1993, pp. 18-35 y “Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España mediterránea en la etapa de entresiglos”, en Isidro Sánchez Sanchez y Rafael Villena Espinosa (coords.), *Sociabilidad, fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999, pp. 32-54.

¹² Jordi Canal, “La storiografia della sociabilità in Spagna”, *Passato e presente*, 34, 1995, pp. 151-163.

¹³ Jordi Canal; “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, en Elena Maza Zorrilla, *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002, pp. 35-45.

políticas a la masonería”.¹⁴ En dicho artículo realizaba un balance sobre los estudios de la sociabilidad en la España contemporánea, los cuales habían sido emprendidos en su mayoría por hispanistas franceses, y planteaba la cuestión dentro de la geografía española.

Nueve años después, realizaba un ejercicio de revisión crítica sobre dicha cuestión, siendo recogido en el volumen dirigido por la investigadora Elena Maza Zorrilla y que compilaba las intervenciones del seminario celebrado en la Facultad Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid en noviembre de 1999 bajo el título común *Sociabilidad en la España contemporánea: historiografía y problemas metodológicos*.

Pero la cuestión de la sociabilidad todavía no se ha detenido. Hace solamente dos años volvía a recoger sus reflexiones sobre la dimensión de los estudios de sociabilidad, como de sus repercusiones y sus perspectivas de futuro en un reciente trabajo publicado precisamente en esta misma casa, en Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza: *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política y literatura*. Sobre este trabajo, dada su cercanía temporal, es del que partiremos nuestra exposición.

En primer lugar destaca los avances que han tenido lugar en los últimos años en el terreno de sociabilidad, tanto en su uso y su normalización como categoría historiográfica. Para él, la curiosidad por la investigación de la sociabilidad habría surgido con voluntad de “comprender y explicar adecuadamente algunos de los problemas complejos derivados de sus investigaciones en el terreno de la historia de la política de los siglos XIX y XX”,¹⁵ y no con pretensiones de crear un campo específico. La política es una característica constitutiva de los trabajos de sociabilidad desarrollados por su fundador, Maurice Agulhon.

No obstante, no todos los trabajos que se adentran en la investigación de la sociabilidad utilizan el término como categoría historiográfica, ni todos los

¹⁴ Jordi Canal, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 183-205.

¹⁵ Jordi Canal; *La historia es un árbol de historias*, PUZ, Zaragoza, 2014, p. 121.

trabajos que sí lo hacen la adecuan correctamente en lo que a sus implicaciones heurísticas y su metodología se refiere. Pese a todo, cita a Michel Vovelle, para quien su extensión y normalización, más allá de las trivializaciones en las que se habría podido caer, demuestra que respondía a una necesidad de investigación. En el mismo camino, el historiador español elogia el aumento de encuentros y reuniones científicas que tratan de una manera u otra la sociabilidad.¹⁶ Aunque no está plenamente satisfecho con sus resultados, éstos continúan la tendencia iniciada por los encuentros históricos celebrados en la década de los ochenta, y que reunieron a investigadores de Francia, Italia, Suiza, Alemania, Bélgica y Holanda: Ruán (1983 y 1987), Bad-Homburg (1983) y Lausana (1986).

La penetración de la palabra “sociabilidad” en el vocabulario del análisis histórico procede de Francia; es un concepto de importación. De hecho, es uno de los motivos que se dan para dar cuenta de las reticencias a utilizar el término. Otros son las supuestas malas intenciones que escondería, argumento que procede en gran mayoría de los historiadores e historiadoras de corriente marxista; que es repetida, en tanto que ya existen otros conceptos como el de “asociacionismo” para el estudio de dichas cuestiones, o que su construcción léxica y fonética no sería adecuada. De ello se lamentaba, en 2001, la historiadora Elena Maza Zorrilla:¹⁷ de cómo la palabra aún pudiese “rechina(r) en algunos oídos”, aunque identificaba que pertenecían a aquellos profesionales más cercanos a las formas más clásicas de la historia social y política.

La segunda reflexión del autor comprende la legitimidad de los objetos históricos, en lo que respecta a defender que el estudio de la sociabilidad habría permitido abarcar más fidedignamente la “poliédrica realidad de los hombres y mujeres del pasado” porque sus investigaciones habrían puesto en cuestión la trivialidad o seriedad de los acontecimientos históricos. Se pregunta: “¿Por qué habría de resultar más significativo el hecho de que un obrero asista a una

¹⁶ Por ejemplo, elogia la dedicación dada en el IV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Sevilla en 1998, parcialmente dedicado a las “Condiciones de vida y formas de sociabilidad”, con ponencias de Germán Rueda y comunicaciones, entre otros, de Javier Fernández Sebastián, Luis P. Martín, Leandro Álvarez Rey y M^ª Pilar Salomón, en Rafael Sánchez Mantero (ed.), *En torno al “98”. España en el tránsito del siglo XIX al XX*, vol. I, Universidad de Huelva-Asociación de Historia Contemporánea, Huelva, 2000.

¹⁷ Elena Maza Zorrilla, “Sociabilidad e historiografía en la España contemporánea”, *Ayer*, 42, 2001, pp. 241-252.

manifestación que el de acudir a un baile o a una taberna?”.¹⁸ Sus reflexiones apuntan a analizar de forma complementaria e integrada la sociabilidad obrera, el trabajo y la conciencia política.¹⁹

La tercera obedece a afirmar el esfuerzo que debe dedicar el historiador por armonizar adecuadamente el fondo y la forma, el análisis y la narración. Canal coincide con Krzystztof Pomian de que “la obra de historia ideal es la que consigue satisfacer de forma equilibrada estas tres exigencias: hacer saber, hacer comprender y hacer sentir”.²⁰ Es una tarea que nada tiene que ver con las resonancias posmodernas que vibran en el debate historiográfico actual, sino que se trata de una de las características fundacionales de la disciplina. Y en este sentido, cita a Marc Bloch.

Para concluir rescata algunas de sus reflexiones hechas en el artículo que publicó en *Historia Contemporánea*, en 1992, y que eran la necesidad de profundizar en el conocimiento y la reflexión sobre la historiografía de otros países y, la otra, la de aunar esfuerzos con otras disciplinas, como la sociología o la antropología, puesto que, cabe destacar, que la noción de sociabilidad tuvo su origen en el campo de la sociología (Simmel, Weber, Gurvitch) y fue incorporada a los estudios históricos a posteriori.²¹

Pero a su vez, añade otras condiciones que califica de indispensables: la combinación entre reflexión teórica y resultados empíricos, y los ejercicios comparativos y de escalas. Y en esta dirección, la vuelta al archivo le resulta a todas luces imprescindible.²² De la primera afirmaría que dicha combinación sería una de las claves del avance en el territorio del historiador, y que por esa razón ha encontrado muy notables las aportaciones procedentes de la historiografía italiana (María Malatesta, Giuiliana Gemeli, Maurizio Ridolfi, Alberto Mario Banti o Marco Meriggi) en contraste con la historiografía francesa que, en sus trabajos iniciales, cojeó de carga teórica. La comparación y los ejercicios de escalas son las propuestas metodológicas que explica con objetivo de explorar las posibilidades

¹⁸ Jordi Canal, *La historia es un árbol de historias*, PUZ, Zaragoza, 2014, p. 129.

¹⁹ *Idem*, p. 131.

²⁰ *Idem*, p. 134.

²¹ *Idem*, p. 135.

²² *Idem*, p. 137.

que posee la categoría de sociabilidad, en un marco, concluye, de “auténtica historia-problema”.²³

Origen

El estudio de la sociabilidad tiene su nacimiento en los trabajos del historiador francés Maurice Agulhon, que en 1966 publicó un trabajo referido a la vida asociativa en el sur de Francia entre los siglos XVIII y XIX,²⁴ el cual despertaría un gran interés como nuevo modelo y objeto de estudio, siendo su trabajo reeditado en los años sucesivos. Posteriormente, en 1970 y 1971, se publicaron tres obras basadas en su tesis doctoral, referidas a la vida social en el Var.²⁵ En 1977 publicaría otro clásico para las estanterías de la biblioteca de la sociabilidad, que tenía como tema central el círculo en la Francia burguesa del siglo XIX.²⁶

El nombre de este historiador está íntimamente vinculado con la política “*au village*”, la República y el republicanismo, la sociabilidad o las representaciones de Marianne. Peter Burke opina que, junto con historiadores como Michel Vovelle, Marc Ferro o François Furet, es la figura más relevante de la tercera generación de Annales; Tony Judt, diría que junto con Edward P. Thompson y Natalie Zemon Davis se salvaban de la crisis de la historia social. Es un historiador cuanto menos ecléctico que ha elaborado una sólida producción en los terrenos cultural y social, indisociablemente unidos a la política.

Durante su juventud militó en el partido comunista francés, al cual pertenecería durante catorce años hasta abandonarlo en 1958, diferenciándose de François Furet, Annie Krieguel, Emmanuel Le Roy Ladurie, y otros intelectuales franceses, más cercanos a los ambientes parisinos, que lo harían en el prototípico 1956; porque pertenecía a las provincias y estaba rodeado de un entorno más

²³ *Idem*, p. 139.

²⁴ Maurice Agulhon, *La sociabilité méridionale. Confréries et associations en Provence orientale dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle*, 2 v., Aix-en-Provence, 1966. 2 v.

²⁵ Maurice Agulhon, *La République au village: les populations du Var de la révolution à la IIe République* (París, 1970); *Une ville ouvrière au temps du socialismo utopique: Toulon de 1815 à 1851* (París, 1970) y *La vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution* (París, 1971).

²⁶ Maurice Agulhon, *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848: étude d'une mutation de sociabilité*, París, 1977.

popular. De su militancia se inclinó hacia el estudio de la contemporaneidad y se puso bajo el abrazo de Ernst Labrousse”.²⁷

Un tercer historiador que resultaría muy influyente para con su trayectoria, porque vería en él un modelo de referencia, fue Georges Duby. Duby, junto con Jacques Le Goff, son los dos historiadores que, de acuerdo a Peter Burke, constituyeron el núcleo de la reacción de la historia cuantitativa que representaba Fernand Braudel y que dieron lugar a tres tendencias en la tradición historiográfica francesa: una vuelta antropológica, un retorno a la política y un despertar de la historia narrativa. Esta tercera generación de *Annales*, llamados los “annalistas”, conformó lo que dieron en llamar la “Nouvelle Histoire”. Maurice Agulhon sería el representante más destacado en el terreno de la historia de la política contemporánea, pese a que no colaboraría en los textos de autopresentación y autodefinición del movimiento, y cabe más sorprenderse, dar muestras de reticencias y resistencias.

Pero el “retorno” de lo político “no se trata ni de la misma política, ni de la misma historia política, ni de la misma aproximación, ni siquiera del mismo objeto” (...) “comporta una renovación y diversificación, al mismo tiempo que una relegitimación, de su objeto (de la política a lo político); rompe una lanza en favor de la interdisciplinariedad y, además, adquiere un estatuto de historia totalizadora, en tanto que lugar de gestión de la sociedad global”.²⁸

Maurice Agulhon es uno de los protagonistas de este proceso en tanto que la política vertebró todas sus investigaciones; configura su espina dorsal, porque practica una historia de la política indisoluble de la historia sociocultural, de la antropología histórica o de la historia de las mentalidades. Jean François Sirinelli considera que, en la fusión de estos campos, el trabajo de Agulhon es esencial y pionero. Por su parte, François Dosse también calificaría su obra de pionera en lo que respecta a la extensión de lo político al campo de lo imaginario con su concepto clave de sociabilidad,²⁹ el cual definía “como una actitud a vivir en grupo

²⁷ Jordi Canal, *La historia es un árbol de historias*, PUZ, Zaragoza, 2014, p. 85.

²⁸ *Idem*, pp. 91-92.

²⁹ *Idem*, p. 93.

y a consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias”.³⁰ En dicho artículo Dosse desvelaba aquel “retorno de lo político” como el resurgimiento de una nueva historia política en diálogo con otras ciencias sociales, en especial con las Ciencias Políticas, la Sociología o el Derecho.³¹

En los años finales de la década de 1970 y a lo largo de la siguiente, Agulhon trabajó intensamente en el análisis de las formas y los espacios de sociabilidad, de manera inseparable del estudio más global del nacimiento y el desarrollo de la Francia burguesa porque estaba convencido que la sociabilidad resulta indisociable de la política. O, como afirmaba: “*La politique est partout dans nos recherches*”. Diez años después, Agulhon volverá a explicar la noción de sociabilidad, haciendo hincapié en las relaciones que comporta entre la sociología y la historia. Y con posterioridad estrechará lazos con la vida asociativa. Progresivamente, la noción de sociabilidad, cada vez más integradora condensó a la vez los aspectos más formalizados (la vida asociativa) y los menos estructurados de la vida cotidiana. En otro texto, Agulhon ofrece una definición más concisa, pero si cabe más global sobre las diversas formas de sociabilidad, entendiéndola por tal:

les systèmes de relations qui confrontent les individus entre eux ou qui les rassemblent en groupes, plus ou moins naturels, plus ou moins contraignants, plus ou moins stables, plus ou moins nombreux.

Para extender esta cuestión a:

la aptitud a constituir y consolidar grupos humanos.³²

Así fue cómo en su producción historiográfica el concepto de “sociabilidad” evolucionó “desde una triple concreción inicial -ámbito meridional en lo geográfico, siglos XVIII-XIX en lo cronológico y, en lo temático, vida

³⁰ François Dosse, “La Historia Contemporánea en Francia”, *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 18-19.

³¹ Dosse apremiaba, en el mismo artículo citado, la preocupación de los historiadores por estudiar las elecciones, los partidos las biografías, la opinión, los medios de comunicación, los intelectuales, las ideas políticas, las palabras, la religión en su relación con la política, o las relaciones con la política exterior e interior... lo hacían ofreciendo una mirada nueva, siendo lo político lugar de gestión de la sociedad global y no como subconsciente desconectado de la historia social.

³² Jean Louis Guereña, “La sociabilidad en la España contemporánea”, en Isidro Sánchez Sánchez y Rafael Villena Espinosa (coords.), *Sociabilidad, fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999, pp. 15-43.

asociativa- hacia una acepción más extensa, que llega a asimilar la historia de la sociabilidad a la de la vida cotidiana”.³³

Herencia

Maurice Agulhon realizó la primera incursión sobre la sociabilidad en los estudios de Historia contemporánea en España, diferenciando especialmente los ámbitos burgués y obrero, y lo hizo a partir de un ensayo de historia comparada que ponía en relación la II República francesa (1848-1852), que había estudiado en trabajos anteriores, y la II República española (1931-1939). A partir de aquel entonces, su legado ha sido amplio y diverso en diversos países europeos, pero también llegando a atravesar el continente. No obstante, yo me detendré con detenimiento en la producción de los hispanistas franceses, por ser aquélla que mayor incidencia ha tenido en nuestro país, así como en la historiografía española.

Hispanismo francés

La historiadora Marie-Claude Lecuyer, convencida en que “el campo de la sociabilidad se ha convertido en uno de los más fecundos terrenos de encuentro entre historiadores españoles e hispanistas franceses”³⁴ llevaba a cabo un balance sobre las contribuciones de los historiadores e hispanistas franceses una década después, y que publicaba en las actas del seminario editado por la profesora Elena Maza Zorrilla. En la misma línea que dejaría Agulhon, siguen explorando las facetas de la vida asociativa en Francia y sus articulaciones con lo político desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del XX.³⁵

No obstante, reconoce que ya no supone un foco tan atractivo como podía serlo en el pasado. Lecuyer busca las razones en “las preocupaciones de su época”, cuando el desarrollo de los estudios sobre la sociabilidad formal “estaba estrechamente relacionado con la coyuntura político-cultural del posmayo francés y la expansión del fenómeno asociativo en la sociedad civil”, y cómo después, desde

³³ Jordi Canal, *La historia es un árbol de historias*, PUZ, Zaragoza, 2014, p. 102.

³⁴ Marie-Claude Lécuyer, “Las aportaciones de los historiadores e hispanistas franceses: Balance de una década”, pp. 9-34, en Elena Maza Zorrilla, *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002.

³⁵ *Idem*, p. 10.

finales de los ochenta, se asistió a un repliegue general hacia posiciones y comportamientos más individualistas.³⁶

Esta evolución podría explicar en parte la reorientación de los proyectos de investigación y los múltiples intentos por abordar la sociabilidad desde una perspectiva más abierta, estudiando en particular el amplio abanico de las relaciones informales, tanto en la esfera pública, como en la privada.

En los años ochenta el principal núcleo investigador del hispanismo francés estaba constituido, casi en su totalidad, por el ERECEC (*Équipe de Recherches sur les Cultures dans l'Espagne Contemporaine* – hoy en día ERESCEC, *Equipe de Recherche sur les Sociétés et Cultures de l'Espagne Contemporaine*-), vinculado a la Universidad de París VIII.

En los años siguientes las investigaciones emprendidas giraron en torno a dos líneas directrices: por un lado, ahondar en los temas ya abordados para comprobar la validez de las primeras hipótesis y por otro diversificar los enfoques. A esta primera categoría pertenecerían los sondeos realizados por el profesor Jean-Louis Guereña en diversas series estadísticas (Anuarios, encuestas del Ministerio de Gobernación, censos del Instituto de Reformas Sociales, etc.) que, pese a las imperfecciones, deficiencias y lagunas de dichas fuentes, le han permitido precisar la periodización, tipología y localización de las formas asociativas en la segunda mitad del siglo XIX,³⁷ contribuyendo a trazar una historia global de la sociabilidad.

De la misma forma afianzan estas interpretaciones los trabajos individuales de la historia del asociacionismo en la España del siglo XIX, tanto en el ámbito burgués como en las clases populares, como los realizados por Brey en Cádiz y Galicia o también por Guereña, conocedor de la historia de la educación y co-animador en la Universidad de Tours de un equipo de investigación especializado en la cuestión, el CIREMIA. Guereña también se ha dedicado “al análisis de las preocupaciones y estrategias culturales de los movimientos políticos culturales populares que se plasman por un lado en los círculos republicanos y por

³⁶ *Ibidem*, p. 11

³⁷ *Idem*, p. 16.

otra en las Casas del Pueblo de inspiración socialista.³⁸ Otro foco de atención ha sido el mutualismo.

Paralelamente, desde 1993, el ERESCEC organizó una serie de seminarios y tres coloquios franco-españoles que arrojaban nuevas luces sobre manifestaciones específicas de sociabilidad, estudiadas desde la antropología o la historia de las mujeres.

Echando la vista atrás a la revisión que han llevado a cabo los hispanistas franceses, Lécuyer concreta que en el “ámbito de sus investigaciones que pretenden enlazar historia política, social y cultural se ha ensanchado tanto desde el punto de vista temático como cronológico” que, sobre todo se ha adentrado en el estudio de la sociabilidad del siglo XX hasta el período franquista e incluso posfranquista, pero que descuidan campos que merecerían urgentemente una exploración, especialmente la sociabilidad rural.³⁹

Historiografía española

En España los trabajos sobre sociabilidad se iniciaron en la década de los años setenta destacándose tres producciones excepcionales: el estudio sobre la sociabilidad andaluza de Antonio Miguel Bernal y Jacques Lacroix, en el que analizaban las asociaciones y los casinos sevillanos entre 1845 y 1974, estudiando la influencia que algunas de ellas habían ejercido, como el “Real Círculo de Labradores y Propietarios de Sevilla”⁴⁰, espacio privilegiado de las élites sevillanas porque incidieron de manera determinante en la configuración de la sociedad sevillana, y el trabajo del historiador catalán Josep M. Benaul sobre el movimiento obrero en Sabadell a mediados del Ochocientos, publicado en 1981. Mención especial debe hacerse al primer encuentro científico sobre sociabilidad organizado por la Casa de Velázquez bajo el título “Plaza et sociabilité dans les communautés urbaines et villageoises”, con comunicaciones de España, Países Bajos y América Latina, que iban desde la época medieval hasta la actualidad, pero que, como se

³⁸ *Ibidem*, p. 17.

³⁹ *Idem*, p. 21.

⁴⁰ Antonio Miguel Bernal y Jacques Lacroix, “Aspects de la sociabilité andalouse. Les associations sevillanes (XIXe-XX e.)”, *Mélanges la Casa de Velázquez*, XI, 1975, pp. 435-507.

lamenta Jordi Canal, priorizó el tratamiento histórico y urbanístico de las plazas a su análisis como espacios de sociabilidad.⁴¹

Fueron excepcionales en el sentido de que la voz cantante en el estudio de la de sociabilidad la poseían entonces los trabajos de corte más antropológico que histórico, los cuales estaban centrados sobre formas concretas de sociabilidad (hermandades, cofradías, casinos, sociedades musicales, etcétera) en Andalucía, Comunidad Valenciana y País Vasco, fundamentalmente. Entonces no había apenas estudios generales tanto desde el punto de vista geográfico como temático.⁴² En esta línea se inscribe la investigación antropológica de Isidoro Moreno sobre las hermandades en una localidad de la Baja Andalucía,⁴³ precedente de otros trabajos que desarrollaría posteriormente;⁴⁴ pero también los trabajos que se han realizado desde la antropología social, con base en Andalucía, sobresaliendo Javier Escalera, o en el País Valenciano, siendo referente la investigadora Josepa Cucó.⁴⁵

No obstante, merece una atención especial el monográfico de la revista *Estudios de Historia Social*, números 50-51, la cual, bajo la dirección de Antonio Elorza, dedicó un volumen especial al “Análisis de la Sociabilidad” en el que se presentaron estudios locales sobre sociabilidad: Asturias (Jean-Louis Guereña), Galicia (Gerad Brey), Málaga (Manuel Morales). Además se abordaba de forma general el estudio de la sociabilidad en el país, aunque en la mayor parte de las ocasiones referido al período de la Restauración (Jacques Maurice, Marie-Claude Lecuyer y Michel Ralle).⁴⁶

La historiadora Maza Zorrilla fecha el comienzo de los estudios de sociabilidad en España en la década de los ochenta, concebidos como un cruce de

⁴¹ Jordi Canal; “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, en Elena Maza Zorrilla, *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002, p. 44.

⁴² GEAS, *España en sociedad. Las asociaciones a finales del siglo XIX*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998, p. 17.

⁴³ Isidoro Moreno; *Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía. La estructura social de un pueblo del Aljarafe*, Madrid, Siglo XXI, 1972.

⁴⁴ Isidoro Moreno; *Las hermandades andaluzas. Una aproximación desde la Antropología*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1974 y *Cofradías y hermandades andaluzas. Estructura, simbolismo e identidad*, Editoriales Andaluzas Unidas, Sevilla, 1985.

⁴⁵ Jordi Canal; “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, en MAZA ZORRILLA, Elena, *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002, p. 45.

⁴⁶ GEAS, *España en sociedad. Las asociaciones a finales del siglo XIX*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998, p. 18.

caminos donde confluyeron la sociología, la antropología, la etnología y la historia, los cuales habrían recibido su a merced del interés de varios centros de investigación que potenciaron trabajos y encuentros internacionales.⁴⁷

Los primeros trabajos tomaron la preferencia de las formas asociativas en el plano político (partidos en el poder y corrientes heterodoxas: carlismo, republicanismo), o reivindicativas (movimiento obrero: socialismo, anarquismo, sindicalismo, movimiento católico), amén de aislados estudios institucionales.⁴⁸ Posteriormente se elaborarían las visiones de conjunto sobre el fenómeno asociativo, “atinadas precisiones sobre fuentes y crítica documental, la defensa de nuevos planteamientos metodológicos y caracterizaciones tipológicas, y la argumentación de originales hipótesis interpretativas de los modelos dominantes en el pasado, trátase del polivalente mutualismo, la cohesión patronal o la reivindicación societaria”⁴⁹, como enunciaría.

Entonces, ¿en dónde reside la dificultad para la utilización de la categoría? Maza Zorrilla responde a esta pregunta concedora del contenido cambiante del concepto, en continua construcción según las coordenadas del momento, y señala como factores los sucesivos reajustes del entramado asociativo contemporáneo así como la creciente movilidad de la población, tanto en el espacio (agrario, urbano), como en el trabajo (campo, taller, fábrica). Otras barreras que encuentra están más vinculadas en las divisiones adoptadas en el análisis histórico, entre la sociabilidad popular y burguesa, las cuales, afirma que son categorías que ya no se resistirían en el tiempo. También llama la atención sobre las concepciones simplistas que enfrentarían un mundo rural, inerte y desmovilizado al poliédrico y reivindicativo horizonte urbano.⁵⁰

La debilidad de la producción de los estudios de sociabilidad en España sorprendían hasta al mismo investigador francés porque, a su juicio, “las acotadas dimensiones del proceso urbanizador decimonónico, junto a condicionamientos positivos derivados del medio geográfico, humano, socioeconómico y cultural,

⁴⁷ Elena Maza Zorrilla, “Sociabilidad e historiografía en la España contemporánea”, *Ayer*, 42, 2001, p. 243.

⁴⁸ *Idem*, p. 245.

⁴⁹ *Idem*, p. 246.

⁵⁰ *Idem*, p. 247.

hacen del país peninsular un país idóneo para las relaciones interpersonales y el establecimiento de formas de vida colectivas en todas sus vertientes, formales y no regladas”.⁵¹

“Crisis de paradigmas”

El Grupo de Estudios de Asociacionismo y Sociabilidad (GEAS) perteneciente a la Universidad de Castilla-La Mancha, dentro del Área de Contemporánea del Departamento de Historia, tiene por objeto de investigación el estudio de la sociabilidad en España. En 1998 publicó un libro colectivo que recibió por título “España en sociedad”. Con este trabajo el grupo pretendía dar a conocer una nueva metodología y una fuente poco utilizada hasta ese momento: el Anuario General de España (Bally-Bailliè-re-Riera), que se ha publicado desde 1879 por espacio de casi un siglo. Con ello perseguían dos objetivos: mostrar la trascendencia que comporta el estudio de las formas y los espacios de sociabilidad para la comprensión y configuración de la sociedad actual, como dar un aliciente a los jóvenes investigadores para que se acercasen a dicha materia estrechamente vinculada con la historia social.⁵²

El estudio de la sociabilidad, desde su origen y a lo largo de su trayectoria, tampoco se ha escapado de la crisis que atravesó la disciplina histórica desde finales de los años 70. Muy por el contrario, como se ha hecho referencias anteriormente, entronca directamente con ella, con esa tercera generación de Annales a la que pertenecería Maurice Agulhon, pero estrechamente vinculada a una resignificación de lo “político”. La reflexión de la autora que escribe estas líneas, meditada a partir de las lecturas que ha realizado durante sus años de enseñanza, es que debió vivirse como un ciclo de seísmos ininterrumpido y no tanto como un terremoto abrupto, tal y como a veces podríamos precipitarnos en pensar cuando se trata de rupturas irreversibles, que alteraría profundamente los cimientos de la disciplina, y cuyas resonancias son las que, hoy, se dejan sentir. Hoy vivimos atravesados por un conjunto de vibraciones democratizadoras. Porque, como afirma el profesor Julián Casanova, fue la democratización y el surgimiento

⁵¹ Elena Maza Zorrilla, “Sociabilidad e historiografía en la España contemporánea”, *Ayer*, 42, 2001, p. 244.

⁵² GEAS, *España en sociedad. Las asociaciones a finales del siglo XIX*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998, p. 12.

de la sociedad de masas las que obligaron a la historiografía a cambiar sus discursos y objetos de estudio.⁵³

Lo que pasó a continuación, el ensanchamiento del campo de estudio de los sujetos históricos abarcado por la historia política tradicional, forma parte de los temas de estudio dentro de la enseñanza histórica: las críticas al paradigma historicista vinieron de la tradición de Annales, pero también del grupo que historiadores británicos de corriente marxista, entre los cuales destacarían E.P. Thompson, y su trabajo sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1989), y George Rudé, *La multitud en la Historia* (1971), entre otros. Ambos historiadores arrojaban nuevos elementos como constructores de los discursos históricos: la clase, la experiencia de clase y la formación de clase.⁵⁴

Con posterioridad, nuevos trabajos en el campo de la historia contemporánea iban a continuar aquel camino trazado que establecía una reflexión común: que la clase obrera, en cuanto sujeto colectivo, fue el resultado de un proceso de formación, entendido éste como la construcción cultural de una identidad”.⁵⁵

Pese a todo, “la verdadera igualdad estaba por llegar”. Faltaba incorporar aquellos nuevos sujetos que habían buscado establecer su identidad al margen de las élites de la historia política y de los trabajadores masculinos de la historia social. Faltaba “la inserción de lo periférico, de lo inarticulado, de la cultura entendida como el estudio de las condiciones de vida y de las experiencias cotidianas”.⁵⁶

En líneas generales, lo cotidiano constituye un método de análisis de los usos y normas sobre los que se sustentan las sociedades; y dentro de esa perspectiva, un segundo enfoque más específico está dirigido a analizar las motivaciones, costumbres y otras cuestiones que suelen pasar desapercibidas en el análisis histórico, desvelando toda una red de complejas relaciones sociales

⁵³ Julián Casanova, “Las caras cambiantes el sujeto histórico”, en M. Cruz Romeo e Ismael Saz (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*. Universitat de València, Valencia, 2002, pp. 111-115.

⁵⁴ *Idem*, p. 112.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ *Ibidem*.

construidas culturalmente.⁵⁷ Los trabajos de Roger Chartier, “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social” y Natalie Zemon Davis, “Historia de la historiografía”, anunciaban el nuevo giro hacia la cultura y el ámbito cultural que iba a experimentar la disciplina, y sobre el cual, todavía, se sigue reflexionando y debatiendo.⁵⁸

En cuanto a la conceptualización de “cultura” fueron muchas las propuestas que se destacaron, desde diferentes ámbitos, para encuadrar todos sus elementos; desde Peter Burke, Clifford Geertz o Manuel Pérez Ledesma. Éste último reflexionaba en un trabajo canónico de la disciplina, sobre la movilización social en la España contemporánea, un tema considerado clásico a partir de nuevos mecanismos explicativos. Éstos eran poner en un primer plano los factores culturales como un factor decisivo a la hora de explicar la formación de las identidades colectivas, así como la aparición de las formas de acción conjunta que caracterizaban a tales objetos. Pero, apuntaba, que ello no significaba que se desplazasen las raíces estructurales, las causas “objetivas”, sino que se excluía el carácter puramente “objetivo” de dichas causas. Y, afirmaban, “por una razón fundamental: porque toda realidad social es una realidad construida por los sujetos, a partir de las herramientas culturales con las que cuentan en cada momento”.⁵⁹

“Historia cultural”, “Historia sociocultural” y “cultura cotidiana”

En el amplio marco de la historia social, y en el cual animaban los investigadores del GEAS a los jóvenes investigadores a penetrar, el ámbito de lo cotidiano se entrecruza con el de la historia del género, el de la familia y el de la “gente corriente”. Abarca un amplio abanico temático –el crecimiento de las ciudades, las condiciones de vida de las capas populares, la sociabilidad, el ocio, las creencias- que algunos investigadores prefieren englobar bajo el concepto de historia sociocultural.

⁵⁷ Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, p. 303.

⁵⁸ Con posterioridad haremos referencia a: Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (coords.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada Editores, Madrid, 2005.

⁵⁹ Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 9.

Estas nuevas orientaciones hacia una historia cultural, han incidido de manera determinante en el conjunto de ciencias sociales, lo que hoy se ha denominado en llamar “giro cultural”, dominando a la cabeza la historiografía norteamericana. Las temáticas preferentes de los “Cultural Studies” en las universidades norteamericanas son los asuntos relativos al género y la sexualidad, la identidad cultural y nacional, el colonialismo y el poscolonialismo, la raza y la etnicidad, la cultura popular, representación cultural, culturas nacionales y globalización... un fenómeno sobre el que reflexiona el profesor Carlos Forcadell.⁶⁰

Es una evidencia, además, que la cultura y, por consiguiente, la identidad, fluyen sin cesar, no son estables y dadas, sino fluidas y más o menos conscientemente construidas. No se puede continuar dándolas por sentadas, por lo que siempre será necesario historizar la problemática noción de cultura.⁶¹

En el mismo trabajo colectivo, por su parte, Luis Castells lo hacía sobre la historia de la vida cotidiana, la cual sentenciaba que ya no significaba un paradigma como tal, sino un enfoque.

La historia de la vida cotidiana supone, bajo mi punto de vista, un giro de perspectiva, recalcando sobre aspectos y ámbitos esenciales para captar cómo era la sociedad, para interpretarla y para tratar de determinar sus *significados*.⁶²

Ambas líneas de investigación, expresiones de los cambios acontecidos en la disciplina desde finales de los años setenta, serían puestas a valoración por Manuel Pérez Ledesma.⁶³ Su opinión sería que no se trata sólo una revitalización de dos áreas temáticas, sino también, y quizá sobre todo, de un cambio de actitud que afecta a la disciplina a su conjunto.⁶⁴

⁶⁰ Carlos Forcadell, “La Historia Social, de la «clase» a la «identidad»”, en Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (coords.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada Editores, Madrid, 2005, pp. 15-35.

⁶¹ *Idem*, p. 23.

⁶² Luis Castells, “La Historia de la vida cotidiana”, en Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (coords.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada Editores, Madrid, 2005, pp. 37-62.

⁶³ Manuel Pérez Ledesma, “Historia de la cultura e Historia de la cultura cotidiana: comentarios”, en Elena Hernández Sandoica y Alicia Langa (coords.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada Editores, Madrid, 2005, pp. 63-71.

⁶⁴ *Idem*, p. 66.

Toda esa forma de mirar al pasado [la historia de carácter estructural]⁶⁵ ha quedado en entredicho tras el resurgimiento de la historia cultural y, en menor grado, de la historia de la vida cotidiana. Si ésta última nos enseña que lo vivido es lo real, o al menos la realidad a la que podemos acceder, aquélla parece poner de relieve que lo más visible es también lo más importante. De ahí el interés por el lenguaje, el discurso y los conceptos; pero también las representaciones, los monumentos y los símbolos, la memoria y el imaginario. Mientras la historia intelectual más clásica se ocupaba casi en exclusiva de las ideas, son estos otros ingredientes los que articulan la nueva historia cultural. Y no solo ella: de hecho, ya no hay ninguna rama de la historiografía actual que pueda prescindir de tales componentes.⁶⁶

“Cultura vivida” y sociabilidad

La realidad histórica está siempre social y culturalmente construida, y en ella el lenguaje es un elemento mediador y constitutivo de esa realidad y de las experiencias sociales, y no un mero reflejo.⁶⁷ En lo que se refiere a los elementos de caracterización social que suelen acompañar al concepto de cultura, en el sentido de dividirla dicotómicamente en “cultura de élites” y/o “cultura burguesa” y en “cultura popular” o “cultura obrera”, existen numerosos trabajos que desarrollan el concepto de cultura en el sentido utilizado por Eric Hobsbawm de prácticas de vida populares, pese a que las últimas aportaciones insisten en abandonar la distinción que sitúa ambas categorías en compartimentos estancos. Por ejemplo, Roger Chartier y Robert Darnton ven la necesidad de abandonar esta distinción si se plantea de forma dicotómica y, de utilizar, más bien, términos como “apropiación” y “exclusión” que se plantearían como complementarios.⁶⁸

Este enfoque amplía la definición de “prácticas culturales” para abarcar así la vida cotidiana, la vida privada, las relaciones entre padres e hijos o entre personas de distinto sexo, edad o categoría social, juntamente con otros aspectos más específicos como son los relacionados con la creación cultural, la transmisión

⁶⁵ Los corchetes son míos.

⁶⁶ *Idem*, p. 70.

⁶⁷ Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, p. 288.

⁶⁸ *Idem*, p. 289.

de los bienes de cultura, o el diferente acceso a los mismos. Así, “las representaciones incluirían tanto las formas en que los sujetos históricos interiorizan su percepción y su clasificación del mundo, como las “prácticas” con las que los individuos intentan mostrar un determinado estatus o identidad social”.⁶⁹

En el terreno de la sociabilidad existen dos planos, pero cuyas refracciones, a la luz de la investigación histórica, quedan reflejadas la una sobre la otra. Distinguimos entre sociabilidad formal y sociabilidad informal. La sociabilidad formal reuniría los trabajos reseñados por la historiadora Maza Zorrilla que tratarían el tema del asociacionismo y su evolución histórica, vinculado a los partidos y agrupaciones políticas; las sociabilidades políticas, cuya potencialidad destacaba Jordi Canal en el ya mencionado artículo de *Historia Contemporánea*. Pero en este grupo, también, entrarían el estudio de nuevas temáticas como el lugar que ocuparía la mesa, como espacio de sociabilidad, de reunión, o la calle, de reunión y encuentro. La sociabilidad informal, por su parte, complementaría la vida asociativa. Entre los temas abordados se encontrarían los cafés y las tabernas, la vida familiar y las plazas, las asociaciones obreras y militares, el termalismo y la vida de salón, las agrupaciones políticas y las logias masónicas, los orfeones y el deporte.⁷⁰

Sus planteamientos se encuadrarían en la propuesta de Álvarez Junco de un modelo de periodización de la protesta de la experiencia española escalonado en tres tiempos: un primer período clásico o prepolítico comprendido entre el siglo XIX y la guerra civil, escenario de movimientos de corte tradicional -en especial, el movimiento obrero-, surgidos al calor de la industrialización y la disparidad de posiciones económicas y sociales; un segundo período moderno o politicista prorrogable hasta la transición, que supondría un cambio radical en la cultura política volcada, desde los años sesenta y setenta, en la lucha contra la Dictadura una vez desactivado el carácter revolucionario del conflicto entre capital y trabajo; y, por último, desde mediados los ochenta y cuestionada la confianza en los

⁶⁹ *Idem*, p. 290.

⁷⁰ Jordi Canal; “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, en Elena Maza Zorrilla, *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002, p. 39.

partidos y las instituciones, se habría producido un cambio de ciclo en el cual habrían surgido movimientos sociales alternativos de signo pacifista, feminista, ecologista y antiterrorista. A esta tercera fase posmoderna corresponden las reivindicaciones de corte global y nuevos estímulos de cooperación solidaria.”⁷¹

Respecto a la sociabilidad, la periodización propuesta ha sido elaborada por Jordi Canal, quien ha identificado una cronología de las formas de sociabilidad en la España contemporánea en cuatro tiempos: el primero, en los años treinta y cuarenta del siglo XIX, que separaría unas formas de sociabilidad del Antiguo Régimen y unas formas nuevas, surgidas de manera paralela al conjunto de transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales del momento; posteriormente, en torno a los años finales del ochocientos, se viviría una eclosión de formas definidas de sociabilidad, tanto burguesa como popular, y entre éstas, ocuparían un lugar destacado, las obreras; además que se multiplicarían notablemente las asociaciones. El tercer tiempo lo ocuparía la Guerra civil (1936-1939), todavía poco explorado en muchos ámbitos, y, por último, su desenlace, el cual pondría fin a una etapa de un enorme dinamismo que, sólo, partir de fines de los sesenta y en los años setenta, ofrecería síntomas de recuperación, aunque sobre la base de nuevas fórmulas, continuidades y readaptaciones.⁷²

⁷¹ Elena Maza Zorrilla, “Sociabilidad e historiografía en la España contemporánea”, *Ayer*, 42, 2001, p. 252.

⁷² Jordi Canal, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, *Historia Contemporánea*, 7, 1992, p. 202.

3. SOCIABILIDAD LIBERTARIA

Sociabilidad popular

El análisis de la vida cotidiana en el período entre 1931-1936 que hace referencia a la “cultura vivida” es un tema fundamental en los estudios históricos, es decir, comprende el estudio de cómo las actitudes culturales e ideológicas están interiorizadas, incorporadas y vividas en la vida cotidiana, el comportamiento, reacciones y relaciones personales de mujeres y hombres de las diferentes clases sociales, generadas tanto desde la tradición socialista, como desde la tradición libertaria, puesto que es sabido que la idea de pertenencia a la clase obrera definió el comportamiento de un buen sector de la población del mundo occidental en la época contemporánea.⁷³

Con ánimo de diferenciar unas experiencias y otras, siendo un ejercicio reivindicativo mínimo, sí históricamente preciso, destacaremos que la tendencia general de las culturas obreras de los años veinte y treinta, su sociabilidad pública, sus formas y sus espacios, pese a todo, fueron fundamentalmente “masculinos”, y, desde dichos espacios, se encuadraban el “sujeto” masculino.⁷⁴

El período entre 1931-1936 se caracterizó por una enorme expansión de los espacios específicos, formales como informales, y de los locales propios de la vida social y cultural de las clases populares y de la clase obrera, la cual, se desarrollaba cotidianamente, al mismo tiempo, en los espacios públicos, en la calle, en los lugares de trabajo, en los cafés y los teatros, etc; lugares donde se manifestaban diversos tipos de prácticas culturales y políticas, tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista lúdico. Pues sería en el contexto “modernizador”, laico y regeneracionista de la República el que

⁷³ Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, p. 192.

⁷⁴ *Idem*, p. 182.

posibilitaría la apertura de nuevas posibilidades de transformación de las formas hegemónicas de cotidianidad y sociabilidad tradicional dominantes.⁷⁵

Sociabilidad obrera

Para hablar de las culturas obreras hemos de hacerlo de una forma no dicotómica ni esquemática,⁷⁶ por las múltiples influencias y “fuentes” ideológicas desde las que van a ir constituyendo su “economía moral”,⁷⁷ además de que el uso de los conceptos “cultura obrera” o “cultura popular” fue objeto de un gran debate historiográfico que puso en entredicho su utilización indiscriminada. Una de las propuestas frente a esta caracterización, a la que se ha hecho alusiones anteriormente, es la que fue planteada por el historiador Roger Chartier, quien ha analizado en sus trabajos la definición en negativo de la “cultura popular” e insiste en las diversas formas de apropiación de los textos, códigos y modelos culturales que circulan por toda una sociedad, y que son recibidos, tratados y comprendidos de manera diferente por los distintos receptores.”⁷⁸

Respecto al uso de la expresión “cultura obrera”, se ha puesto de relieve una y otra vez que movimiento obrero y clase obrera son “dos sujetos históricos distintos y no caras diferentes de la misma moneda”.⁷⁹ Ello ha llevado a algunos investigadores a usar el término “cultura del trabajo” (si el objeto de estudio son los trabajadores en su conjunto) o la expresión “historia cultural del movimiento obrero”, en el otro caso.⁸⁰

En este sentido, y centrándonos en las alternativas culturales en los espacios de sociabilidad desarrollados desde la denominada “cultura obrera” del período de la República, habría que señalar en primer lugar que en estos años,

⁷⁵ *Idem*, p. 183.

⁷⁶ Álvarez Junco, también ha defendido en más de una ocasión (no sólo en sus escritos teóricos, sino especialmente en sus investigaciones concretas) una interpretación de la cultura como “valores, prácticas, actitudes, concepciones del mundo”, véase en José Álvarez Junco, “Cultura popular y protesta política”, en Jacques Maurice, Brigitte Magnien et Danièle Bussy Genevois (coords.), en *Culturas populares, culturas obreras en España entre 1840 y 1936*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint Dennis, 1990, o su trabajo *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991.

⁷⁷ Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, p. 193.

⁷⁸ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 23.

⁷⁹ Adrian Schubert, “Autobiografía obrera e historia social”, *Historia Social*, 6, 1990, pp. 141-160.

⁸⁰ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 24.

tanto los socialistas como los anarquistas, principales referentes de la categoría en cuestión, usaban frecuentemente los conceptos “cultura” y “educación” en sentido equivalente, pues ambos términos aludían a una misma realidad: la formación intelectual, moral y política de los obreros. Y sus significados no sólo hacían referencia a los “productos” (literarios, artísticos, etc.), sino también a los instrumentos necesarios para lograr esa formación.”⁸¹

Teóricamente, tanto socialistas y anarquistas habían considerado desde el siglo XIX que la cultura, la moral y la enseñanza impartidas por el Estado reproducían el sistema de dominación social burgués y servían de instrumento ideológico a las clases dominantes. La cultura dominante era, por tanto, la “cultura de la clase dominante”, y frente a ella era necesario crear una cultura y unas formas de sociabilidad propias, elaboradas coherentemente desde la propia ideología y desde los propios intereses de las clases trabajadoras. En definitiva, desde su propia cosmovisión.

Bajo esta óptica se nutrieron estas culturas y formas de sociabilidad que se vehicularon desde el siglo XIX en espacios también “propios” de relación tales como casinos, ateneos, casas del pueblo o sociedades, que fueron, por un lado, pilares fundamentales en el proceso de educación y formación de las clases trabajadoras y, por otro, espacios de sociabilidad y de “ética del tiempo libre” frente a la sociabilidad ociosa que simbolizaba el casino “burgués”.⁸²

Así es cómo, en los años treinta, el proyecto ideológico-cultural de socialistas y anarquistas de construir una nueva sociedad se planteó a través del proceso ético-moral de lograr un “hombre nuevo”, una nueva moral y una nueva sociabilidad. Por lo que respecta a las redes asociativas propias las sociedades obreras, éstas ya contaban con modelos de referencia consolidados dentro del ámbito de la izquierda, que actuaban como centros polifuncionales y espacios de

⁸¹ Javier Navarro Navarro, «*El paraíso de la razón*». *La revista Estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1997.

⁸² Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, pp. 194-195.

desarrollo que, de forma específica, y en cada caso, aunaban el talante formativo y cultural con la demanda de ocio y recreo de militantes, afiliados y simpatizantes.⁸³

- Círculos y casinos

Desplegados mayoritariamente por el blasquismo en Valencia jugaron un papel básico de movilización electoral, pero también desempeñaron igualmente una función de “extensión cultural”. Por encima de todo, eran centros donde se vivía en un mundo de valores y de relaciones y se expresaba una determinada cultura política, donde se convivía en un microcosmos de fraternidad republicana, y donde se acudía para charlar y ocupar el tiempo libre, para hacer política y para instruirse. Estas características de centros de “vida cotidiana” obrera se sumaban también las funciones lúdicas de los casinos, tales como bailes y juegos. De hecho, esta parte de la actividad de los casinos republicanos constituirá la base de las críticas que se harán desde los medios libertarios, y frente a los que se ofrecían como alternativa a los trabajadores sus propios ateneos y sociedades obreras.

- Casas del Pueblo

Fueron el referente básico de la sociabilidad obrera militante de carácter socialista. Sobre todo en estos años, estos centros obreros desarrollaron una vocación centralizadora y totalizadora de sociabilidad, no sólo política, sino también orientada a la educación y a la instrucción cultural. En ellas se integraban agrupaciones políticas, sindicales, escuelas laicas para niñas y adultos, la Escuela Nueva, asociaciones artísticas, bibliotecas, veladas... Pero además de las funciones culturales, reunían también funciones de servicios a los afiliados, como el servicio de economatos y cooperativas de consumo, mutualidades y consultorios médicos, ayuda económica o asesorías jurídicas. También a ellas se sumaba la función que cumplían como espacios de sociabilidad, como lugares de encuentro social y de esparcimiento, donde se podía consumir café y alcohol –a diferencia de los centros libertarios, aunque sólo moderadamente-, pero donde no estaban permitidos los juegos de azar, como alternativa a la taberna proletaria tradicional o a los nuevos cafés y cabarets. En definitiva, actuaban también como un microcosmos de toda

⁸³ *Idem*, p. 196.

una red de relaciones políticas, sindicales, económicas y culturales definidoras de la identidad socialista.

- “Grupos de afinidad”, ateneos, escuelas racionalistas... la sociabilidad libertaria

Por lo que respecta a la cultura y la sociabilidad vinculada a la tradición obrera libertaria, al margen del sindicato confederal, su núcleo básico lo componía el llamado “grupo de afinidad”, que no tenía la finalidad multifuncional de las casas del pueblo, sino que su característica principal era su mayor identificación ideológica con los postulados del pensamiento ácrata. Su carácter autónomo fue corregido, solamente en parte, por la fundación de la FAI en 1927, pues la trayectoria de muchos grupos continuó autónoma durante los años de la República. Estos grupos iban a recoger diversas manifestaciones e iniciativas culturales, unas comunes y otras específicas, respecto al resto de sociedades obreras, como eran la fundación de ateneos, escuelas racionalistas, la publicación de periódicos y revistas...

El historiador Ucelay Da Cal considera que el grupo de afinidad anarquista fue una forma de traducción a un lenguaje concreto ideológico y organizativo de una de las tres formas de sociabilidad masculina –la cuadrilla, la peña y la tertulia–: en concreto, de la cuadrilla, es decir, el círculo cerrado de amigos, unidos por su afinidad, que funcionaba en muchos casos como espacio paralelo y complementario a la familia. La actividad de los grupos era muy heterogénea, pues aunque los más conocidos son los llamados “grupos de acción”, en realidad constituían una minoría que realizaba acciones concretas y con carácter violento.

Junto a ellos existían grupos sindicales, culturales, naturistas, esperantistas, que durante estos años extendieron los llamados “ateneos libertarios” y “racionalistas” y que entroncaban con la tradición de ateneos populares y obreros surgidos en el siglo XIX. La historia de su origen, su evolución y vinculación con la trayectoria del movimiento libertario es la que se cuenta en las páginas que siguen. Porque, como ha puesto en relación, Javier Navarro Navarro,

en muchas ocasiones, la creación de un ateneo era la plataforma para constituir posteriormente una sociedad obrera o un sindicato.⁸⁴

El movimiento libertario español

Si tuviésemos que escoger una palabra que pudiera abarcar, fidedignamente, la comprensión de la cultura anarquista esa sería la heterogeneidad. El movimiento libertario español o anarquismo español no ha tenido un cuerpo único y sistemático de doctrina, sino que, por el contrario, fue constituyéndose culturalmente a partir de un conglomerado de tendencias, en ocasiones, incluso, divergentes procedentes de diversos universos ideológicos.⁸⁵ Sus principales núcleos, así como su ecléctico proceso de formación continúan siendo tema de estudio y suscitando reflexiones entre la comunidad investigadora.

Historiografía

Su aproximación más potente se gestó en los años 80 cuando, desde diferentes medios especializados, pero también en la prensa diaria, se insistió en generar una nueva historia del movimiento obrero que se destacase por su objetividad, alejándose de la historia que se había creado hasta ese momento y en la que abundaban elementos sacralizados, bien fuese para denostar el movimiento libertario, bien fuese con intenciones de contar su propia historia. En este camino se distanciaban de las propuestas más recientes hechas por profesionales de la disciplina, como Eric Hobsbawm o Gerald Brenan porque, desde diferentes perspectivas, insistían en el carácter milenarista y primitivo del movimiento. En este momento se hicieron escuchar nombres como Juan Pablo Fusi, Miquel Izard, Barceló, Riquer, Ucelay-Da Cal o Álvarez Junco y Pérez Ledesma... El objetivo era insistir en que se había confundido la historia social de los trabajadores con una historia exclusivamente política del movimiento obrero y que aún quedaba por delante una larga tarea de puntualización.⁸⁶

⁸⁴ *Idem*, pp. 197-198.

⁸⁵ José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991, y también lo revela en un trabajo más reciente: en José Álvarez Junco, "La filosofía política del anarquismo español", pp. 11-31, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010.

⁸⁶ Susanna Tavera, "La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa nueva", *Ayer*, 45, 2002, pp. 13-38.

Pero si la denuncia de la crisis fue compartida, no lo fue la respuesta. Esta es una reflexión de la historiadora Susanna Tavera, quien buscaría las razones del descenso de la popularidad en las historias del movimiento obrero en las transformaciones políticas internacionales, y sobre todo, por la desconfianza revolucionaria que despertó la caída de la Unión Soviética. Por el contrario, habría ganado terreno la historia social de las identidades colectivas, definidas en base al trabajo, la nación o la raza, así como el estudio a través del ocio o la sexualidad, y la familia o las prácticas religiosas.

Para Javier Navarro es indudable el peso cuantitativo de la producción sobre anarquismo en el conjunto de la historiografía social y política española por varias razones:

- La importancia del debate sobre el arraigo del anarquismo el asunto del “milenarismo” en la historiografía sobre el movimiento obrero en España;
- El interés por la misma cuestión puesta por los historiadores catalanes dada la importancia del anarcosindicalismo en su historia reciente;
- El “boom” de estudios sobre este tema en la transición política;
- Las aportaciones de la historia militante;
- La existencia de una gran cantidad de trabajos sobre la Segunda República y la Guerra Civil.⁸⁷

Sin embargo, él adolece resquicios sobre aquellas cuestiones que se insertarían en un relato de historia sociocultural sobre el movimiento anarquista español.

Pese a todo, en los últimos años se ha avanzado en el conocimiento de determinados aspectos del universo cultural libertario. Uno ha sido respecto a la educación, por ejemplo, temática sobre la que se posee un buen compendio sobre la trayectoria de la pedagogía ácrata y sobre los fundamentos de la enseñanza racionalista, aunque no se puede decir lo mismo de las prácticas educativas concretas en dichas escuelas, ateneos libertarios, o incluso, sobre el perfil de otras formas no regladas que adoptaría la enseñanza ácrata. Otro ámbito sería el de las realizaciones artísticas y literarias de los anarquistas, aunque se centran en su mayoría en el conjunto del período comprendido entre finales del siglo XIX y

⁸⁷ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 26.

principios del XX. Las dos obras síntesis sobre el tema continuarían siendo las de Álvarez Junco y Lily Litvak.⁸⁸ Otro campo sería el mundo de la prensa y de las publicaciones de signo anarquista y anarcosindicalista, al cual se ha dedicado el investigador valenciano.

No obstante, los estudios en torno a la sociabilidad libertaria, pese a su evidente importancia para entender la vida social y cultural del movimiento, se pueden limitar a las obras de Pere Solà. También faltan estudios sobre la lectura y todo lo que la rodea (distribución, consumo, etc.) en los medios ácratas; también sobre las actitudes ante la vida cotidiana o la adopción de una determinada ética. En realidad, se trataría de una falta que afectaría al conjunto de las creencias y valores del universo cultural libertario.⁸⁹

Núcleos anarquistas

El movimiento libertario español operó en un conglomerado organizativo con características propias en sí mismas e intransferibles a otros movimientos. En sentido amplio y durante las épocas anteriores a la Guerra Civil o a lo largo de la misma contienda tal conglomerado estaba repartido, primero, en sindicatos y federaciones locales, comarcales o regionales, así como comités pro-presos y organismos de defensa de la CNT; segundo, en grupos de afinidad y acción específica, y, tercero, en multitud de escuelas y ateneos adheridos, más o menos formalmente asociados a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) o a las Juventudes Libertarias y a Mujeres Libres. Tal diversidad organizativa respondía a una división social de las funciones revolucionarias que se había ido estableciendo a lo largo de su trayectoria histórica, desde 1870, atravesando concretos altibajos que posteriormente afectarían tanto a la definición del anarcosindicalismo como a la acción específica de los militantes anarquistas, pero que, pese a todo, consolidaría la estructura grupal del movimiento anarquista español y, a su vez, aseguraría su funcionamiento y su especialización.⁹⁰

⁸⁸ Lily Litvak, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Fundación de estudios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001.

⁸⁹ Javier Navarro Navarro, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004, p. 30.

⁹⁰ Susanna Tavera, "La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa nueva", *Ayer*, 45, 2002, p. 30.

No obstante, si bien la diversidad de los anarquistas era interna, aparecía recubierta por un discurso que se basaba en una autopercepción colectiva, común: de enfrentamiento a la política y el Estado o de acción directa frente al capital. Porque, al igual que todo discurso político, al mismo tiempo que el discurso libertario definía la unidad interna acentuaba la diferencia externa.

En esta línea, la retórica libertaria ha defendido siempre que si los anarquistas fueron capaces de asegurar su hegemonía en determinados sectores del movimiento obrero español, y en especial, del catalán, es porque la identificación entre clase obrera e ideales ácratas era tan intensa que por sí sola explica la atracción que el ideario ejercía sobre los trabajadores. Sin embargo, los estudios de Pere Gabriel muestran que la tradición del societarismo obrero, así como la necesidad que los trabajadores catalanes experimentaban de estar sindicados y defenderse colectivamente, eran los elementos que habían fomentado dicho atractivo. Y si éste pudo mantenerse, e incluso, reafirmarse, fue precisamente por la presencia sindical, la cual otorgaba a la vanguardia anarquista la fuerza y presencia que le permitía confundirse con el conjunto de masas populares.⁹¹

Cultura anarquista

Con el objetivo de activar la lucha social, lograr la revolución, conseguir la liberación de la realidad social y del individuo,⁹² los medios anarquistas españoles invirtieron grandes esfuerzos y energías en el campo cultural a través de iniciativas como la labor de creación de escuelas o ateneos, el ingente esfuerzo editorial y de extensión de la lectura que desplegaron, o fenómenos como la creación de una literatura obrerista o la apuesta por el teatro “social” y de “ideas”. Los libertarios contribuían de esta manera a un proyecto cultural general de emancipación humana y superación individual y colectiva mediante la extensión de la cultura y la educación a las clases populares, y se vinculaban así en buena medida a la pulsión regeneracionista finisecular en un amplio sentido”.⁹³

⁹¹ *Idem*, pp. 13-38.

⁹² Javier Navarro Navarro, “Los educadores del pueblo y la «revolución interior». La cultura anarquista en España”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 191-217

⁹³ *Idem*, p. 192.

Sus prácticas se insertaban dentro un programa, por otra parte, nada neutro sino imbuido de una orientación profundamente revolucionaria y basado en esa fe casi absoluta en el poder de transformación (e incluso redención) social de la cultura, a través de una auténtica “mística de la educación”. Se difundían así los perfiles de una cultura racionalista y científica, con muchos puntos en contacto con las culturas radicales, republicanas y obreristas, superadora de las desigualdades, con vocación enciclopédica y globalizadora, extensiva a todos los ámbitos de la vida, universalista, laica, etc.”⁹⁴

Pero además de esta proyección “externa” las prácticas culturales y educativas desarrolladas por los libertarios cumplían también una función “interna”, como elementos que expresaban a la vez que contribuían a forjar y consolidar una determinada identidad política y social, vinculada al obrerismo anarquista y anarcosindicalista. La cultura desempeñaba así un rol central en la configuración y definición de la identidad ácrata. Estas actitudes y prácticas socioculturales, de las que participaban los militantes y, en cierta medida, afiliados y simpatizantes de los medios libertarios en estos años, resultaban claves para la socialización y/o formación de aquéllos: aseguraban la cohesión del grupo, consolidaban los sentimientos de pertenencia a un movimiento social y desempeñaban en definitiva un rol esencial en la conformación de un tipo de vida y de cultura militante, así como en el proceso de construcción de una identidad libertaria, siempre heterogénea en sus perfiles”.⁹⁵

No obstante, fuera con una orientación dirigida hacia el exterior o hacia interior del propio movimiento, la acción cultural del anarquismo en España tuvo unas coordenadas más o menos comunes, tanto en sus fundamentos discursivos básicos, como en sus formas y manifestaciones. La cultura anarquista insistía en la capacidad autoformativa del individuo, se declaraba antiautoritaria y al margen del Estado, aspiraba a ser integral y a dirigirse a los distintos ámbitos de la vida social e individual. Estos elementos hacían de la acción cultural de los anarquistas una herramienta fundamental, transformadora y revolucionaria, aunque ello no

⁹⁴ *Idem*, p. 193.

⁹⁵ *Ibidem*, pp. 193-194.

significaba que todas las voces militantes le prestasen una misma importancia, ni se le reservase el mismo rol u orden dentro del programa revolucionario ácrata.”⁹⁶

Con todo fue una cultura que emanaba fundamentalmente de sus redes de sociabilidad, de los militantes presentes en las diversas instancias del movimiento libertario, fueran sociedades obreras o sindicatos de la CNT, agrupaciones de la FAI, Juventudes Libertarias, Mujeres Libres, ateneos populares y obreros, etc. De ellos surgieron prácticas como conferencias, charlas y debates, cursillos y escuelas nocturnas para adultos, escuelas racionalistas para niños, bibliotecas, edición de publicaciones periódicas, libros y folletos, veladas artísticas, excursiones campestres, práctica del esperantismo o el naturismo, etc.

Se trata de una amplia y variada red cultural, cuyo rasgo esencial fue precisamente ese carácter descentralizado, por lo menos, hasta los años de la Guerra Civil. Fueron iniciativas múltiples y que presentan en conjunto una gran riqueza y complejidad, aunque a menudo su autonomía y dispersión, unidas a la carencia de recursos y al estado de clandestinidad o semiclandestinidad en el que forzosamente tenían que vivir, dentro de una dinámica de insurrección-represión, las sometieron a constantes vaivenes, a una permanente fragilidad y a una cierta discontinuidad.⁹⁷

Pese a todo, la posibilidad de configurar unas estrategias y prácticas cultural-educativas-autónomas, autosuficientes, alternativas y al margen del Estado, es una de las señas de identidad de los anarcosindicalistas españoles y que los diferenciaría de otras opciones presentes en el movimiento obrero, como es el caso de los socialistas, con su clara apuesta al menos desde 1918 por una reforma en profundidad de la educación pública. De hecho, será la contienda civil de 1936-1939 la que alterará la trayectoria de los medios libertarios, orientándolos a compartir iniciativas en ese ámbito desarrolladas por las instituciones republicanas (Milicias de la Cultura, Institutos Obreros, etc.), a integrarse plenamente en modelos educativos de carácter público y estatal, como sucedió con el CENU (Consell de l'Escola Nova Unificada) en Cataluña, o incluso dirigir el

⁹⁶ *Ibidem*, pp. 192-193.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 194-195.

conjunto de la política cultural y educativa gubernamental con el nombramiento en abril de 1938 del cenetista asturiano Segundo Blanco como ministro de Instrucción Pública y Sanidad en el ejecutivo de Juan Negrín.”⁹⁸

Los ateneos libertarios

Una de las características del comportamiento asociativo libertario en el primer tercio del siglo XX fue la puesta en marcha de entidades que tenían en principio las funciones instructivas y formativas como su razón de ser fundamental: hablamos de la fundación de toda una heterogénea red de ateneos “libertarios”, “racionalistas”, “sindicalistas”; etc., con una orientación concebida como específicamente cultural y que se integran en el complejo y multiforme entramado organizativo y societario confederal-ácrata en las décadas que precedieron a la Guerra Civil.⁹⁹ Estos ateneos eran centros de difusión y adoctrinamiento ideológico, así como de formación del militante, pero también actuaban como plataformas de divulgación cultural. Fueron, por tanto, instituciones en que se entremezclaron planteamientos culturales, educativos, propagandísticos y emancipadores, al servicio de una territorialidad de clase, y con una orientación política anarquista”.¹⁰⁰

Modelo asociativo

Su impronta se inserta en una larga tradición de los medios populares y obreros desde mediados del siglo XIX, tradición que experimentó la evolución y readaptación, desde el ateneo burgués decimonónico hacia determinadas formas asociativas surgidas en el tránsito hacia la sociedad liberal, proceso que proyectó la creación de todo un entramado de asociaciones específicamente culturales (ateneos, centros de estudios, casas del pueblo...) de diversas tendencias

⁹⁸ *Idem*, p. 195.

⁹⁹ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d’història cultural*, 8, 2005, pp. 66-67.

¹⁰⁰ Alejandro Tiana Ferrer, *Educación libertaria y revolución social. España 1936-1939*, UNED, Madrid, 1987.

ideológicas, unidas, sin embargo, bajo un mismo propósito: la educación y culturización de las clases populares.¹⁰¹

Unos y otros ateneos y centros culturales solían desarrollar una fecunda y variada actividad cultural que podía incluir cursos formativos, conferencias, debates, veladas literario-artísticas, creación de orquestas y grupos corales, puesta en marcha de bibliotecas populares, etc. Se conformó así, a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, toda una “red asociativa popular” que constituirá, sin duda, uno de los pilares fundamentales en el proceso de educación y formación de la clase obrera. Un ejemplo emblemático de este tipo de asociaciones fue el Ateneo Enciclopèdic Popular de Barcelona, convirtiéndose en un referente indiscutible de la red asociativa libertaria.¹⁰²

No obstante, en este proceso de asimilación y readaptación del modelo ateneístico, como espacio eminentemente cultural e instructivo, dedicado a la divulgación cultural y las prácticas educativas, se hizo partiendo de determinadas premisas. Las fundamentales fueron su concepción de la importancia de la acción cultural, inseparable de la acción social general, y de su concepción de la cultura como un poderoso instrumento de transformación individual y social de carácter revolucionario. Es por esa razón, tal y como Navarro expone, que en el discurso y la práctica anarquistas, los ateneos confederales y ácratas fueron también siempre, al mismo tiempo, instancias de socialización y formación de la propia militancia, e incluso de cohesión social e ideológica de la propia familia libertaria.

Los libertarios solían justificar la puesta en marcha de estos ateneos en función de su cometido y “especialización” cultural. Son diversos los elementos simbólicos que ratifican esta idea. Por ejemplo, el mismo nombre que recibía, pues hacía referencias intencionadas y subrayaba su función cultural y pedagógica. Denominaciones como “Ateneo de Divulgación Social”, “Centro de Estudios Sociales”, “Ateneo Racionalista” o “Ateneo Científico”, entre otras. No obstante,

¹⁰¹ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d'història cultural*, 8, 2005, pp. 64-104.

¹⁰² *Idem*, p. 69-70.

también es cierto que muchos adoptaron nombres menos “peligrosos” durante los años de la Dictadura y la Segunda República. Otro elemento a mencionar era la iconografía.¹⁰³

Para algunos militantes, la represión que ejercían las autoridades clausurando periódicamente sus ateneos, respondía a un temor muy claro: la acción cultural desarrollada en ateneos y escuelas racionalistas era potencialmente más peligrosa para el Estado que la mera reivindicación “económica”.¹⁰⁴ Por esa razón no fueron escasos los debates en el seno de la militancia sobre la naturaleza de las acciones revolucionarias. Los militantes que animaban la vida de estos centros veían en ellos la posibilidad de realizar una “actividad educativa y de divulgación mucho más eficaz que el Sindicato”. No obstante, lo más habitual era considerar la labor desarrollada en los mismos como complementaria, y no alternativa, a la actividad sindical. Se advertía a la juventud obrera que acudía a los centros ateneísticos que no desatendiera sus actividades sindicales, pues serían quienes más mayoritariamente los frecuentarían y conformarían.

El historiador Pere Solà enumera una serie de características que definirían a los ateneos libertarios:

- a) Su composición era obrera;
- b) Fueron una plataforma de expresión y difusión del comunismo libertario. En este sentido, y sin depender orgánicamente de la FAI, acusan la influencia de los adeptos de esta organización;
- c) Las actividades excursionistas, deportivas y teatrales, así como la biblioteca y la extensión educativa fueron sus elementos vertebrales;
- d) Eran centros bisexuales en los que –teóricamente- se plantea la igualdad de sexos (aunque no debe olvidarse la tradicional discriminación societaria de las mujeres);
- e) Apelaban a la acción directa y a un comportamiento consecuente. Sus normas de control social eran estrictas;
- f) Excepcionalmente no poseían local propio;
- g) Vivían de las cuotas de los afiliados exclusivamente, lo que les hacía enfrentarse a importantes problemas financieros por la poca solvencia de sus socios;

¹⁰³ *Idem*, p. 72.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 73.

-
- h) Eran centros de barrio, es decir, ejercían una función comunitaria a nivel local;
 - i) En ocasiones específicas, disponían de secciones de ayuda mutua y cooperativismo.¹⁰⁵

No obstante, no por ello podemos hablar de un único modelo de ateneo confederal o anarquista. Lo que caracteriza, como en sí misma a la cultura libertaria, y al común del movimiento libertario español, en sus diferentes denominaciones, tendencias, orientaciones, implicaciones ideológicas y estratégicas, es su heterogeneidad.¹⁰⁶

La diversidad de funciones, características y trayectoria fue la nota habitual.¹⁰⁷ Las actividades programadas estaban condicionadas, en su mayor parte, por la precaria situación económica que padecían los centros, agobiados por los insuficientes ingresos y el siempre presente problema del impago de las cuotas. Los mecanismos de financiación complementarios, tales como cuotas extraordinarias, recaudaciones artísticas, venta o rifas de libros y folletos, y donaciones de particulares y entidades hermanas, etc., eran sólo algunas de ellos. También fueron habituales las peticiones de ayuda a los sindicatos, especialmente cuando se buscaba costear algún proyecto cultural de mayor envergadura y, por consiguiente, con una mayor carga: la puesta en marcha de una escuela, una biblioteca, un periódico o revista, proyecto que era iniciado por el ateneo, y el cual tenía por objetivo dirigirlo.

Convivía con la precariedad económica la escasez de recursos. Aunque había casos de ateneos estables y suficientemente amplios para desarrollar sus actividades, esto era claramente la excepción. Muchos de ellos carecían de locales propios y se ubicaban en dependencias ajenas. A veces eran pequeños pisos o cuartitos. A la precariedad de estos espacios, habría de sumarse la represión gubernamental o policial, factores que explican, entre otros, la poca estabilidad domiciliaria de estos centros.

¹⁰⁵ Pere Solà, "La base societaria de la cultura y de la acción libertaria en la Cataluña de los años treinta, en Bert Hoffman, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Vervuert, Iberoamericana, Madrid, 1995, pp. 361-376.

¹⁰⁶ Javier Navarro Navarro, "El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones", *Cercles: revista d'història cultural*, 8, 2005, p. 82.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 83.

Otra característica de los centros, y, sin duda, uno de los proyectos más emblemáticos de los mismos, era la puesta en marcha de escuelas racionalistas para niños, en régimen diurno, y cuya labor se completaba con actividades de formación de adultos, tras la jornada laboral. La financiación de la escuela también atravesaba dificultades económicas. Además del mantenimiento del local, el pago del sueldo del maestro constituía el principal gasto, el cual se buscaba que se sustentase a través de las cuotas y matrículas de los niños, si no se recurría a procedimientos extraordinarios, tales como los comentados en las líneas anteriores. Cuando no era posible ponerla en marcha, la actividad pedagógica se impartía al menos en cursillos nocturnos para adultos y ciclos de conferencias. Desde los medios libertarios, existía la idea compartida de que los ateneos eran plataformas privilegiadas para la difusión de una educación al margen del Estado, que en estos momentos se identificaba con la larga tradición ferreriana y el racionalismo pedagógico.¹⁰⁸

Otra parte esencial, preocupación básica de sus miembros, y verdadero centro neurálgico, símbolo de la vida del ateneo era la biblioteca. En palabras del investigador Navarro, “todo ateneo, por modesto que fuera, debía contar al menos con un espacio dedicado a la biblioteca, aunque se tratara tan sólo (como ocurría en la mayor parte de los casos) de un armario o unas estanterías con algunos volúmenes, una mesa y sillas para sentarse”. En las bibliotecas se podían encontrar obras de doctrina libertaria, prensa periódica “de avanzada”, textos literarios y científicos, etc.

Navarro nos advierte que pese a la precariedad de estas escuelas o bibliotecas, no debemos escatimar los considerables esfuerzos de los militantes, y de los recursos con los que conseguían valerse, que se invertían en la creación y mantenimiento de estos proyectos, lo que nos da muestras de la importancia de los proyectos y actividades culturales en la vida asociativa anarquista, pese a que, en la práctica, muchos quedasen truncados por problemas económicos, limitados por la

¹⁰⁸ *Ibidem.*

represión, o frustrados por las luchas internas o la dispersión de las energías militantes.¹⁰⁹

Los afiliados de estos centros eran en su totalidad trabajadores, aunque no necesariamente tenían por qué ser afiliados o militantes de sindicatos de la CNT o de la FAI. De hecho, entre ellos figuraba una minoría militante de socios fieles que solían participar habitualmente en sus actividades y acudían a las juntas y reuniones. Destacaba, en particular, el núcleo dirigente de fundadores y animadores del ateneo, y que formaban las diferentes comisiones de trabajo encargadas de la dinamización del centro (propaganda, prensa, biblioteca, escuela, etc.), pese a que, a todas luces, la conducta de los asociados tenía una importancia esencial, la cual se revela en las normas de ingreso o en la posibilidad que se daba para expulsar a aquellos miembros cuyo comportamiento ético no fuera “el adecuado”.

A pesar de que estos centros se planteaban teóricamente, en consonancia con el discurso libertario, de tipo mixtos, y del mismo modo que en la práctica libertaria, lo cierto es que no existía una plena igualdad entre hombres y mujeres. La presencia de socios femeninos era minoritaria y el número de cargos de responsabilidad que ocupaban mucho más escaso, indicadores sintomáticos de la brecha de género que definió la contemporaneidad, y dividió al ser humano en dos sujetos binómicos a los que se otorgó diferentes derechos e igualdades políticas y sociales, atravesando así el común de las culturas políticas del siglo XX.¹¹⁰

Sobre esta cuestión, que además sería uno de los factores de explicación de la fundación y constitución de la primera organización ácrata definida engrosada exclusivamente por militantes femeninas, Mujeres Libres, ha investigado con especial dedicación la historiadora Mary Nash, cuyas revelaciones, a mi modo de ver, arrojaron una nueva luz, y nuevas preguntas acerca del entramado asociativo libertario, además de que continúan dando importantes

¹⁰⁹ *Idem*, p. 85.

¹¹⁰ *Idem*.

claves sobre la historia de las mujeres y la historia de género que afectan directamente al corazón de la disciplina.¹¹¹

En especial, los ateneos estuvieron frecuentados y vinculados a grupos de las Juventudes Libertarias, sobre todo en las barriadas de las ciudades, nutridos de jóvenes y, progresivamente, y con cada vez más mayor protagonismo, mujeres jóvenes. Esta es una tendencia que los caracteriza y que continuará incrementándose durante los años de guerra. Los jóvenes trabajadores de las localidades industriales constituyeron, sin duda alguna, la clientela básica de los centros ateneísticos y fueron los principales protagonistas de sus actividades sociales. Por esa razón es tan estrecha la relación entre este modelo asociativo y los núcleos de las Juventudes Libertarias. Sus prácticas, iniciadas durante los años republicanos, se hicieron más visibles durante los años de la guerra, momento en el que se consolide definitivamente la organización juvenil. Una trayectoria que, sin embargo, al término de 1939, sería brutalmente destruida.¹¹²

Como se ha venido exponiendo, la precariedad de medios económicos y humanos, la inestabilidad casi permanente condicionada por el contexto político, pues fueron objeto de represión periódica por parte de las autoridades gubernativas, acusados de formar parte de la trama insurreccional-revolucionaria levantada por los anarquistas contra la legalidad republicana; así como la dependencia de la suerte de las organizaciones libertarias, y los problemas internos derivados de los enfrentamientos entre las diversas tendencias y facciones, tema en el que nos centraremos a continuación, son los elementos que definen la historia de los ateneos libertarios, una historia en absoluto desvinculada del entramado asociativo del movimiento libertario español.

¹¹¹ “Las relaciones de género se entienden como relaciones sociales construidas histórica y culturalmente, y por tanto, son susceptibles de investigación empírica. No se trata, por tanto, de hablar de las mujeres planteando un tema secundario o puntual, sino, por el contrario, de explicar y comprender la historia teniendo en cuenta que sus protagonistas tienen diferentes experiencias de vida y prácticas sociales en función, entre otros elementos, de su diferente identidad de género. este planteamiento “implica así el cuestionamiento de la falsa dicotomía entre “público” y “privado”, que en la realidad histórica no es sino interacción y reforzamiento mutuo, en el sentido de que en las experiencias y prácticas históricas no sólo es un hecho que lo privado es político, sino también que lo político está fuertemente impregnado de lo que supuestamente es privado”, en Ana Aguado y M^a Dolores Ramos, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002, pp. 291-295.

¹¹² Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d’història cultural*, 8, 2005, p. 79.

Pese a todo destacaremos los esfuerzos organizativos empleados por los militantes y socios de los centros en vistas a contrarrestar la inestabilidad sintomática de los centros, y la dispersión de fuerzas provocada por las luchas internas. Durante los años republicanos quedaron registrados varios intentos por centralizar y coordinar las actividades de los centros ateneísticos.

Además de la unión en casos concretos entre ateneos vecinos, surgieron en este período iniciativas que tenían por objetivo la creación de una federación de todos los ateneos libertarios existentes en España. Una de ellas, por ejemplo, partió del Ateneo de Divulgación Social de La Línea (Cádiz). También el semanario *Nueva Humanidad*, que actuaba, de hecho, como plataforma de expresión y de interrelación de las escuelas racionalistas y ateneos libertarios en Cataluña, sugería la creación de una Federación de Centros de Cultura Racionalista de toda España.¹¹³

Sin embargo, estos proyectos no llegaron a materializarse, y la idea de una federación de carácter autónomo y diferenciada de organizaciones como la CNT, la FAI o las Juventudes Libertarias de ateneos y centros de cultura afines al movimiento ácrata y al ideario anarquista quedaría pendiente. Y ello a pesar de que, militantes como Joan Peiró afirmaban que sólo en la mayor autonomía e independencia de estos centros garantizarían, de facto, su supervivencia.

Sociabilidad libertaria

En los años 30 la acción cultural y la acción insurreccional iban claramente a la par. Sobre esta asociación el historiador Pere Solà reflexiona sobre la militancia múltiple, ciertamente habitual, como se ha expuesto, entre los mismos animadores de los grupos de defensa de la FAI y de las Juventudes Libertarias y los creadores y animadores de los ateneos.

Lo cierto es que muchos militantes de una u otra tendencia dentro del movimiento, compartían una concepción instrumental, en uno u otro sentido del papel de los ateneos: bien para desarrollar otras actividades organizativas y militantes cuando esto no era posible por razones legales, o podían representar, en

¹¹³ *Idem*, p.87.

ocasiones, un primer peldaño en la consolidación de su entramado asociativo, una primera avanzadilla física del movimiento libertario, ya fuese en el barrio o la localidad que abarcase. En la misma línea otros también podían concebir los ateneos como escuelas o canteras de segunda línea que reforzaban sus posiciones en las luchas internas de sus propias estrategias. En los años treinta, por ejemplo, no fueron ajenos a la irreversible ruptura ácrata-sindicalista: la escisión entre “treintistas” y “faístas”.¹¹⁴

En el verano de 1931 treinta dirigentes de la CNT firmaron un escrito que recibió por nombre “el manifiesto de los treinta” en el que criticaban “el concepto simplista, clásico y un tanto peliculero de la revolución” que se había instalado en algunos grupos de la FAI y de los llamados hombres de acción que encabezaban Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Juan García Olier. Para los firmantes de ese manifiesto, entre quienes se encontraban Ángel Pestaña, Joan Peiró, Juan López y Francisco Asín, la algarada y el motín, la “preparación rudimentaria”, debían dar paso a la previsión, a la disciplina y a la organización.¹¹⁵ Dicha escisión tuvo su repercusión en este ámbito.

Los “treintistas” comenzaron a constituir, a partir de mediados de 1932, una red de ateneos sindicalistas libertarios (ASL) paralela a su trama de sindicatos de oposición, especialmente sólida en Cataluña y el País Vasco, y concebida como alternativa a los grupos y espacios dominados por la CNT. La organización de cursos, conferencias, charlas, excursiones, o la creación de bibliotecas y escuelas fueron mecanismos y herramientas compartidas por el común del movimiento libertario español, pero sus propósitos perseguían servir de contraposición a las “aventuras” insurreccionales de la FAI y a la línea maximalista que controlaba la CNT en esos años. Por su parte, los militantes “faístas” e individualistas pretendieron controlar o crear aquellos ateneos que se convirtieran en depositarios de las esencias ideológicas, filosóficas y culturales del anarquismo, y que no cesaran en la lucha contra toda “desviación sindicalista”.

¹¹⁴ *Idem*, p. 77.

¹¹⁵ Julián Casanova, “República y Guerra Civil”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 117-138.

En definitiva, los ateneos estuvieron en la primera línea de las luchas que vivió la organización confederal en esta época.¹¹⁶ Las huelgas, las insurrecciones, el enfrentamiento con la República y las discusiones por el poder inauguraron una etapa de recriminación y reproches entre los diferentes sectores en pugna dentro del movimiento libertario, especialmente, entre “treintistas” y la FAI, que aspiraban a controlar los importantes recursos movilizados con que la CNT contaba en algunas ciudades españolas.¹¹⁷ Ello se debió a que los militantes, de una facción o de otra, y que animaban la vida de los ateneos confederales y ácratas, no entendieron las actividades culturales al margen de las propagandísticas o de otros aspectos de la lucha social.

Desglosando el conjunto de prácticas básicas de la acción militante, cuya realización se llevaba a cabo en los ateneos con una función externalizadora, contemplaban las tareas de auxilio y solidaridad, tales como las suscripciones para huelguistas o presos del movimiento, las manifestaciones de apoyo a las víctimas de la represión, las recaudaciones en veladas teatrales, las conferencias o mítines con esos fines, etc.; acciones propagandísticas centradas en la organización de actos de afirmación “libertaria” o “sindical”; o, bien, otro tipo de actividades que rebasaron ampliamente su originaria funcionalidad cultural. Este fue el caso adoptado por los ateneos libertarios de las barriadas madrileñas en los días y semanas posteriores al 18 de julio de 1936.

Estos centros acometerían en los días sucesivos al Golpe de Estado, y en vistas de paliar los efectos de la guerra, como a actuar en ella, tareas asociadas a la vida social y económica de sus respectivos barrios: aprovisionamiento de víveres, seguridad e investigación (localización de desafectos o requisa de armas), creación de comités de defensa, reclutamiento de voluntarios para las milicias confederales, incautación de fincas y bienes, etc. Tal y como señala Francisca Bernalte, en este momento, los ateneos madrileños se transformaron en focos de experimentación del comunismo libertario.

¹¹⁶ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d’història cultural*, 8, 2005, p 79.

¹¹⁷ *Idem.*, p. 126.

Trayectoria histórica

La trayectoria de estas entidades durante los años de la Segunda República y la Guerra Civil, 1931-1939, transcurre de forma paralela e indisoluble del conjunto asociativo libertario y de la organización confederal y ácrata.¹¹⁸

De 1931 a 1933 se asistió a una revitalización del centro ateneístico. Se produjo un aluvión de fundaciones, o refundaciones de centros de este tipo ya existentes en épocas precedentes, que permitió crear una trama de ateneos libertarios en numerosas localidades y en los barrios de las ciudades más importantes. El ejemplo paradigmático fue Barcelona. Hasta 1933 el movimiento libertario barcelonés vivió un período de efervescencia cultural sin precedentes, pese a que, durante el año anterior, ya comenzaron a manifestarse las notas que definirían los signos futuros: persecución gubernamental, clausura de centros y represión, en respuesta al contundente clima insurreccional que se alcanzaría y a la convocatoria de huelgas generales revolucionarias por parte de los anarquistas.¹¹⁹

En 1934, bajo nuevo gobierno de corte conservador en el poder, se inauguraría un nuevo período en el que, mantenida la represión y la hostilidad gubernamental, y golpeados los esfuerzos debido a las persecuciones y condenas, y a la propia desmovilización de las acciones revolucionarias, se experimentaría un descenso de la actividad cultural en estas entidades. En abril de 1934, por ejemplo, el Ateneo Racionalista de Barcelona anunció su disolución a causa de la persecución oficial, pero también del “poco interés” de sus socios.

A finales de 1935 pareció recuperarse la vida social y cultural de los ateneos, de manera paralela a la reactivación de las secciones de cultura de los sindicatos y de los grupos anarquistas. A principios de 1936 se levantó la clausura sobre numerosos sindicatos y grupos ácratas, y, en los meses siguientes a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero constituyeron un período propicio para la reorganización de muchos de ellos que se habían conseguido salvar a duras penas de la represión. Se inauguraba así una nueva coyuntura,

¹¹⁸ *Idem*, p. 88.

¹¹⁹ *Ibidem*, pp. 88-89.

marcada por el crecimiento de la afiliación de sindicatos y grupos, como por la reunificación de la familia confederal, tras el Congreso de Zaragoza, que produciría un aumento de la actividad cultural de estas entidades.¹²⁰

El proceso revolucionario abierto en julio de 1936 consolidó esta tendencia: proporcionó el marco abierto para el florecimiento de los ateneos libertarios, denominación que muchos adoptaron ya abiertamente a partir de esas fechas. El fenómeno se definió por la creación de nuevos centros de este tipo, una expansión que fue muy visible sobre todo en zonas de la España republicana donde no existía, como, al mismo tiempo, por su reorganización en aquellas zonas donde ya tenían una implantación, aunque hubiese sido más o menos interrumpida.¹²¹

Interrumpida o, más bien transformada, sería lo que caracterizaría la trayectoria de los ateneos durante el transcurso de la guerra debido a dos condicionantes fundamentales: en primer lugar, los problemas derivados de las exigencias bélicas, y, en segundo lugar, la paulatina recuperación de los resortes del poder por parte del Estado y la recomposición del Gobierno central.¹²²

Respecto al primer punto, insistiremos en el trasvase de aquellos militantes que con mayor animación y capacidad estimulaban la vida cultural de los ateneos hacia otras tareas relacionadas con la guerra o las transformaciones revolucionarias en el terreno social o económico (cargos en comités, colectividades, etc.), consideradas, por la brecha de los acontecimientos, prioritarias por encima las cuestiones de labor cultural. Además, el propio rumbo de la contienda tampoco favorecía el entusiasmo por las actividades culturales, las cuales fueron quedando determinadas por el contexto bélico. En muchos casos éstas tenían como fin obtener ayudas en el esfuerzo de guerra, para las milicias, los refugiados, etc. En este contexto se insertan las veladas y los festivales benéficos o actos de solidaridad y homenaje, las cuales se convertirían en una de las prácticas más habituales de los locales de los ateneos o de las Juventudes Libertarias.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 89.

¹²¹ *Ibidem*, p. 90.

¹²² *Idem*, p. 91.

Respecto al segundo punto, este comprende la situación social y política que se fue atravesando en el bando republicano, especialmente, tras la formación del gobierno de Largo Caballero y la composición de su gabinete ministerial en noviembre de 1936, caracterizado por la integración y colaboración de cuatro ministros confederales en las carteras de Sanidad (Federica Montseny), Justicia (Juan García Oliver), Industria (Joan Peiró) y Comercio (Juan López). Todo ello implicaba participar en un juego de competencia política con otras fuerzas del bando republicano para intentar influir en la marcha del nuevo Estado. O, de acuerdo a Julián Casanova, “se trataba de no dejar los mecanismos del poder político y armado en manos de las restantes organizaciones políticas, una vez que quedó claro que lo que sucedía en España era una guerra y no una fiesta revolucionaria”.¹²³

Navarro insiste en que en este panorama, las organizaciones centralizadas, con una trama asociativa sólida y jerarquizada, y capaces de mantenerse con vida y de luchar con partidos y asociaciones rivales para conservar o consolidar sus posiciones, desarrollarían un papel fundamental. Ello entraba en contradicción con el comportamiento tradicional del anarquismo en materia cultural, de carácter descentralizado y autogestionario. Pere Solà subraya esta transformación: “la acción cultural ácrata se había construido tradicionalmente sobre la base de una crítica del poder estatal, incluso de izquierdas (...) y lo que pasa es que el anarcosindicalismo se convierte ‘de facto’ en un poder estatal”. El debate respecto a esta cuestión es, cuanto menos, intenso.¹²⁴

En definitiva, el modelo ateneístico tradicional del movimiento libertario español, el cual ya hemos explicado que no sigue un mismo esquema, en sus diferentes denominaciones, tendencias, orientaciones, implicaciones ideológicas y estratégicas, ni en la diversidad de funciones, características y trayectoria, ni en su historia sufrió una transformación esencial en su modelo, transformación que devino acompañada de los cambios que iba a experimentar el anarcosindicalismo español y el movimiento libertario español en conjunto, por los acontecimientos

¹²³ Julián Casanova, “República y Guerra Civil”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, p. 134.

¹²⁴ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d’història cultural*, 8, 2005, p 92.

que se desarrollaron en España a finales del primer tercio del siglo XX, cuando a un golpe de estado contrarrevolucionario, que intentaba frenar la revolución acabó finalmente desencadenándola”.¹²⁵ Mientras tanto un viejo fantasma recorría Europa, los estados nacionales y supranacionales se armaban y en el viejo continente se iba a librar una nueva guerra total que lo modificaría a todos los niveles, no sólo en su aspecto político-social, sino también en sus estilos de vida, en sus mentalidades, en sus culturas y en sus modos de percepción.¹²⁶

Bajo las nuevas circunstancias que se impusieron al modelo ateneístico, como fueron la tendencia a la centralización y el reforzamiento del poder estatal, a los ateneos les quedaron dos opciones: o bien crearon plataformas federativas propias para sobrevivir con una cierta, aunque condicionada, autonomía, como fue el caso de la creación de la Federación Local de Ateneos Libertarios, en Madrid; o bien se integraron en organismos como las Juventudes Libertarias o la FAI, que convirtieron aquellos centros en la “segunda línea” de sus organizaciones. De la primera tendencia, sin embargo, tan sólo quedaron proyectos truncados, como la creación de una federación “ibérica” o “nacional” de ateneos, además, de otros localizados en Barcelona, la capital indiscutible del movimiento libertario español, a excepción de la Federación Regional de Escuelas Racionalistas de Cataluña.

La segunda fue la tendencia mayoritaria. Los ateneos comenzaron a desempeñar cada vez más el papel de las agrupaciones de la FAI o de las Juventudes Libertarias, participando en delegaciones administrativas y ocupando funciones burocráticas anteriormente desconocidas, como la participación en órganos de poder, etc. Otro fenómeno fue que los ateneos pasaron a convertirse más en los locales donde desarrollaban su labor los distintos grupos de las Juventudes. Este cambio, si bien no suponía una novedad en la práctica, pues ya se ha mostrado que los jóvenes anarquistas eran los principales consumidores y dinamizadores de estos centros y de su vida cultural, sí afectaría a la naturaleza funcional, pedagógica y cultural de los mismos.

¹²⁵ Julián Casanova, “República y Guerra Civil”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 117-138.

¹²⁶ Enzo Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, en Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2009.

Y es que la problemática que atravesarían los ateneos sería que difícilmente iban a poder adquirir, o conservar, su protagonismo desarrollando actividades culturales en el seno de un organismo –la FAI, o las Juventudes Libertarias- en el que, dicha labor, ya no constituían un ámbito de acción prioritario, absorbidos sus militantes en esos momentos por cuestiones relacionadas con el conflicto bélico y la organización política, social o económica.¹²⁷

Antes de concluir, la autora quiere hacer un breve paréntesis conceptual dedicando unas breves líneas a la dimensión internacional del conflicto en el conjunto de Europa, porque, siguiendo a Enzo Traverso, las raíces de la guerra civil española, abierta en julio de 1936, estaban, sin duda, en el corazón de una crisis internacional que resituó al país en el centro del escenario.¹²⁸ Y en concreto nos queremos detener, en “la relación “simbiótica” sobre la que reflexiona el historiador entre revolución y contrarrevolución, el cual comprende como un “rasgo típico de las guerras civiles que estallan al final de la Gran Guerra.” Porque “Si la guerra es un conflicto contra un enemigo exterior y la guerra civil un conflicto dentro de un Estado, el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución combina ambos.”¹²⁹

Julián Casanova también ha dedicado considerables esfuerzos en mostrar que ese dilema entre revolución y contrarrevolución, planteado en nuestra historiografía para delimitar dos etapas muy diferenciadas de la guerra civil (revolución social libertaria y reacción comunista), o, en concreto, el punto de ruptura del anarquismo con sus concepciones revolucionarias, estaba presente en los orígenes mismos del conflicto.¹³⁰

En mayo de 1937 se ratificaron los signos de transformación del sindicalismo cenetista. Un proceso de suplantación caracterizado por el abandono de la lucha sindical y la adopción de formas de funcionamiento más próximas a los partidos. En este punto es donde queremos centrar y acotar con nuestra hipótesis

¹²⁷ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d’història cultural*, 8, 2005, p. 92.

¹²⁸ Enzo Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, en Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2009, p. 54.

¹²⁹ *Ibidem*.

¹³⁰ Julián Casanova, “Guerra y revolución. La edad de oro del anarquismo español”, *Historia Social*, 1, 1990, pp. 63-76.

de partida. Si bien “las circunstancias que rodearon al golpe militar obligaron a cambiar los métodos y las tácticas utilizados durante veinticinco años de historia”¹³¹, también lo harían sobre los espacios característicos del entramado asociativo de la compleja, multiforme, heterogénea, dispersa, diversa, y, por el contrario, con una vocación emancipadora y liberadora de la sociedad cultura política anarquista: los ateneos libertarios.

Centros de socialización y militancia

Javier Navarro diferencia los tipos dos funciones básicas que se desarrollaban en el corazón de los ateneos libertarios, empero estrechamente interconectadas. Unas, que podríamos denominar de tipo interno al propio movimiento, y otras de, de proyección externa de éste.¹³²

Por lo que se refiere a las primeras, los ateneos actuaban como canales extrasindicales donde se socializaba y capacitaba a la propia militancia, convirtiéndose así en lugares de aprendizaje, mediante el despliegue de diversas prácticas sociales y culturales. Cita a la investigadora Anna Monjo que habría puesto en relación cómo éstos proporcionaron una vía esencial de formación ideológica para el sindicato cenetista. Era a partir de estas entidades cómo, a través de la organización de charlas y conferencias, se daba a conocer “lo que era anarcosindicalismo y la situación de la CNT en cada coyuntura política”, y a la vez ejercían una importante labor de alfabetización y culturización.

Así pues, la frecuentación de ateneos, la utilización de su aparato cultural (escuela, biblioteca, etc.) y la práctica de las diferentes actividades que se desarrollaban en éstos (desde los debates y conferencias hasta las excursiones pasando por las veladas teatrales), resultaban esenciales en este proceso de conversión del simple afiliado en militante. A estas entidades también podían tener acceso simpatizantes y personas no afiliadas a las organizaciones confederales o anarquistas, que se familiarizaban así con la vida, la cultura y la ideología libertarias.

¹³¹ Javier Navarro Navarro, “El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones”, *Cercles: revista d’història cultural*, 8, 2005, p. 69.

¹³² *Idem*, p. 95.

Los ateneos funcionaban tanto como vehículos de transmisión ideológica y como agentes socializadores.¹³³ Eran plataformas de acción política y social, pero también de instrucción y de ocio: espacios cuyo papel era ser lugares de reunión y espacios de sociabilidad en los que se fomentaban unos determinados hábitos de inversión “consciente” y “útil” del tiempo libre de los trabajadores. Por esa razón los ateneos, así como las prácticas sociales y culturales desplegadas en éstos tenían una importancia central en el proceso de construcción y articulación de una cultura política propia (heterogénea en sus perfiles: “anarquista”, “sindicalista”, etc.) y en la configuración y afirmación de una identidad obrerista y libertaria. En estos centros se consolidaban los vínculos comunitarios (creando un “nosotros”, requisito propio de la movilización) y la cohesión del grupo y se reforzaban, en definitiva, los lazos de pertenencia a la familia ácrata.

Los ateneos operaban como espacios de expresión y materialización de una determinada cultura militante en sus más variados aspectos. Esto incluía no sólo la transmisión de los postulados ideológicos generales del pensamiento anarquista o de las estrategias y consignas de la organización confederal y ácrata, sino también la socialización de unas determinadas pautas culturales, prácticas y comportamientos propios y distintivos, a través de los cuales se configuraba y reflejaba el “ser” y el “sentir” libertarios: rebeldía ante el orden social establecido, solidaridad entre los oprimidos, autogestión y federalismo, anticlericalismo, etc.¹³⁴

Cabe subrayar, en particular, la difusión en estos años de una serie de actitudes y valores y el fomento de unas prácticas que implicaban la reformulación en clave progresista y revolucionaria de determinados comportamientos sociales, conductas personales y patrones de convivencia en la vida diaria concebidos como alternativos a los dominantes: sexualidad y relaciones de pareja, rol social de la mujer, salud e higiene, naturismo, acceso a la cultura y a la ciencia, antimilitarismo y pacifismo, secularización de los hábitos y costumbres. Los ateneos podían actuar así, desde la perspectiva ácrata, como laboratorios de experimentación social del comunismo libertario.¹³⁵

¹³³ *Idem*, p. 96.

¹³⁴ *Idem*, p. 97.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 97.

Todo ello nos introduce en el otro tipo de acciones y funciones desarrolladas por los ateneos y que calificábamos más arriba de tipo externo. En los ateneos ácratas se luchaba contra el analfabetismo, se organizaban actividades como cursos o conferencias, se creaban escuelas racionalistas y bibliotecas, etc. Concebida como un arma de emancipación social, la educación de las clases populares se convierte así en una prioridad porque facilita a éstas la adquisición de conocimientos científicos, culturales, sociológicos y artísticos de diferente índole. Otro ámbito de actuación que perseguían era enraizarse y actuar plenamente en la vida cotidiana de las barriadas populares de las ciudades donde surgían, ofreciendo a los trabajadores, su oferta global, social, cultural y de ocio de vocación emancipadora. El objetivo principal era la creación, desde una perspectiva revolucionaria.

Una perspectiva que, en definitiva, estaría definiendo nuevas formas de movilización ciudadana y que cabe integrar, por tanto, en el marco general de la cultura urbana de la época que actuaban, además, sobre esferas de la vida cotidiana donde la acción público-estatal presentaba más deficiencias o donde existía mayor demanda popular en este sentido. Ello es inseparable del proceso de articulación de una nueva “y gran” ciudad y de la aparición de los barrios como nuevos espacios populares y obreros.¹³⁶

¹³⁶ *Idem*, pp. 101-103.

4. CONCLUSIONES

Espero haber conseguido, en las páginas que preceden a estas líneas, mostrar la importancia, del análisis de los espacios y las formas de sociabilidad para la comprensión de las culturas políticas contemporáneas. Es una convicción que se ha perseguido, modestamente, en consonancia con las reflexiones de los historiadores e historiadoras citados, por la potencialidad que se observa en los mismos, y, manifiestamente, en la cotidianeidad en la que transcurren y se materializan, para la conformación de una identidad propia y un sentir único.

Sociabilidad, cultura, historia cultural, historia cotidiana, recursos, cultura obrera, acción cultural, lucha social, educación, emancipación, revolución... son sólo algunas de las palabras que han atravesado este discurso histórico con el que pretendo demostrar los conocimientos adquiridos durante mis años de enseñanza. También espero haber cumplido con dichas exigencias.

Por supuesto, la autora reconoce la diferencia del rigor histórico de las acciones, prácticas, actitudes, símbolos y significados humanos, de otros terrenos relativistas, y por esa razón, expongo a continuación una enumeración de las conclusiones a las que se ha llegado:

- La importancia de realizarse estudios de historia sociocultural para profundizar en el análisis del período republicano y, en general, en el conjunto de los movimientos sociales en la España contemporánea, esto es, el estudio del papel de los elementos y valores culturales y simbólicos en el análisis histórico y, en concreto, a su peso específico en las diferentes formas de acción colectiva características de la época contemporánea.
- Frente a la cultura dominante oligárquica que dominaba en la sociedad española durante el primer tercio del siglo XX, pero también, burguesa, identidad que luchaba por hacerse un hueco en las esferas de poder, se

crearon unas culturas y unas formas de sociabilidad propias, elaboradas coherentemente desde la propia ideología y desde los propios intereses de las clases trabajadoras. Bajo esta óptica se nutrió una(s) cultura(s) y una(s) forma(s) de sociabilidad que se vehicularon desde el siglo XIX en espacios también “propios” de relación tales como casinos, ateneos, casas del pueblo o sociedades, que fueron, por un lado, pilares fundamentales en el proceso de educación y formación de las clases.

- El movimiento libertario español o anarquismo español tuvo un cuerpo único y sistemático de doctrina. Aunque se caracteriza por su heterogeneidad, existen una serie de elementos comunes que conformarían su cosmovisión. La cultura anarquista insistía en la capacidad autoformativa del individuo, se declaraba antiautoritaria y al margen del Estado, aspiraba a ser integral y a dirigirse a los distintos ámbitos de la vida social e individual. Estos elementos hacían de la acción cultural de los anarquistas una herramienta fundamental, transformadora y revolucionaria.
- Sus prácticas se insertaban dentro un programa, por otra parte, nada neutro sino imbuido de una orientación profundamente revolucionaria y basado en esa fe casi absoluta en el poder de transformación (e incluso redención) social de la cultura, a través de una auténtica “mística de la educación”. Es por ello que la cultura desempeñaba un rol central en la configuración y definición de la identidad ácrata, siempre heterogénea en sus perfiles.
- Fue una cultura que emanaba fundamentalmente de sus redes de sociabilidad, de los militantes presentes en las diversas instancias del movimiento libertario, fueran sociedades obreras o sindicatos de la CNT, agrupaciones de la FAI, Juventudes Libertarias, Mujeres Libres, ateneos populares y obreros.
- La puesta de toda una heterogénea red de ateneos “libertarios”, “racionalistas”, “sindicalistas”, etc., fue una de las características del comportamiento asociativo libertario en el primer tercio del siglo XX.

-
- Estos ateneos eran centros de difusión y adoctrinamiento ideológico, así como de formación del militante, pero también actuaban como plataformas de divulgación cultural.
 - La historia de los ateneos libertarios no es en absoluto una historia desvinculada del entramado asociativo del movimiento libertario español.
 - Muchos militantes, de una u otra tendencia, dentro del movimiento, compartían una concepción instrumental, en uno u otro sentido del papel de los ateneos; otros también podían concebir los ateneos como escuelas o canteras de segunda línea que reforzaban sus posiciones en las luchas internas de sus propias estrategias. En los años treinta, por ejemplo, no fueron ajenos a la irreversible ruptura ácrata-sindicalista: la escisión entre “treintistas” y “faístas”.
 - En consecuencia, la trayectoria de estas entidades durante los años de la Segunda República y la Guerra Civil, 1931-1939, transcurre de forma paralela e indisoluble del conjunto asociativo libertario y de la organización confederal y ácrata, la cual sería interrumpida durante el transcurso de la guerra, modificando estructuralmente su recorrido y su labor fundacional. El golpe de Estado de 1936 habría de cambiar ese rumbo, porque, “una vez puesto en marcha ese engranaje de rebelión militar y respuesta revolucionaria, las armas fueron ya las únicas con derecho a hablar”.¹³⁷

¹³⁷ Julián Casanova, “República y Guerra Civil”, en Julián Casanova, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010, p. 127.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, Ana y RAMOS, M^a Dolores, *La modernización de España (1917-1919). Cultura y vida cotidiana*, Editorial Síntesis, Madrid, 2002.
- AGUADO, Ana y ORTEGA LÓPEZ, M^a Teresa (eds.), *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Universitat de València, Valencia, 2011.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, “Cultura popular y protesta política”, en Jacques Maurice, Brigitte Magnien et Danièle Bussy Genevois (coords.), en *Culturas populares, culturas obreras en España entre 1840 y 1936*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint Dennis, 1990.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista”, en E. Laraña y J. Gusfield ED., *Los nuevos movimientos sociales*, CIS, Madrid, 1994, pp. 13-42.
- BARRIO ALONSO, Ángeles, *La modernización de España (1917-1939): política y sociedad*, Síntesis, Madrid, 2004.
- BURKE, Peter, *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- BORDERÍAS, Cristina (ed.), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Icaria, D.L., Barcelona, 2006.
- CABRERA, Mercedes, JULIÁ, Santos y MARTÍN ACEÑA, Pablo, *Europa en crisis, 1919-1939*, Pablo Iglesias, Madrid, 1991.
- CANAL, Jordi, “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea”, *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 183-205.
- CANAL, Jordi, “Sociabilidades políticas en la España de la Restauración: el carlismo y los círculos tradicionalistas (1888-1900)”, *Historia Social*, 15, 1993, pp. 18-35
- CANAL, Jordi; *La historia es un árbol de historias*, PUZ, Zaragoza, 2014.
- CASANOVA, Julián, “Guerra y revolución. La edad de oro del anarquismo español”, *Historia Social*, 1, 1990, pp. 63-76.
- CASANOVA, Julián, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Crítica, Barcelona, 1991.
- CASANOVA, Julián, *De la calle al frente: el anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 1997.

-
- CASANOVA Julián, *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*, Crítica, Barcelona, 2010.
- CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa: 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2011.
- CASTILLO, Santiago (ed.), *Solidaridad desde abajo: trabajadores y socorros mutuos en la España contemporánea: [trabajos presentados al I Encuentro Internacional sobre las Sociedades de Socorros Mutuos de los Trabajadores en España. Siglos XIX y XX]*, UGT: Centro de Estudios Históricos, D.L., Madrid, 1994.
- CASTILLO, Santiago y ORTIZ DE ORRUÑO, J. M^a, (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social, Universidad del País Vasco, 1998.
- CHARTIER, Roger, *El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- CRUZ, Rafael Cruz y PÉREZ LEDESMA, Manuel, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- DOSSE, François, "La Historia Contemporánea en Francia", *Historia Contemporánea*, 7, 1992.
- FUSI, Juan Pablo, *Un siglo de España: la cultura*, Marcial Pons, Madrid, 1999.
- GEAS, *España en sociedad. Las asociaciones a finales del siglo XIX*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1998.
- GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA, Alejandro, *Clases populares, cultura, educación, siglos XIX-XX. Coloquio Hispano-Francés (Casa de Velázquez, Madrid, 15-17 de junio de 1987)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1989.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia (coords.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada Editores, Madrid, 2005.
- HOFFMAN, Bert, JOAN I TOUS, Pere y TIETZ, Manfred (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Vervuert, Iberoamericana, Madrid, 1995.
- LITVAK, Lily, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Fundación de estudios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001.
- MAZA ZORRILLA, , *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2002.
- NASH, Mary, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Taurus, D.L., Madrid, 1999.
- NASH, Mary y TAVERA, Susanna, *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Síntesis, D.L., Madrid, 1994.
- NAVARRO NAVARRO, Javier, "El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones", *Cercles: revista d'història cultural*, 8,

2005, pp. 64-104.

- NAVARRO NAVARRO, Javier, «El paraíso de la razón». *La revista Estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1997.
- NAVARRO NAVARRO, Javier, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, PUV, Valencia, 2004.
- RODRIGO, Javier (ed.) *Políticas de la violencia: Europa, siglo XX*, PUZ, Zaragoza, 2014.
- ROMEO, M. Cruz y SAZ Ismael (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*. Universitat de València, Valencia, 2002.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro y VILLENA ESPINOSA, Rafael (coords.), *Sociabilidad, fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1999.
- SCHUBERT, Adrian, "Autobiografía obrera e historia social", *Historia Social*, 6, 1990, pp. 141-160.
- TAVERA, Susanna, "La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa nueva", *Ayer*, 45, 2002, pp. 13-38.
- TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Ed., Madrid, 1997.
- TIANA FERRER, Alejandro, *Educación libertaria y revolución social. España 1936-1939*, UNED, Madrid, 1987.
- TILLY, Charles y WOOD, LESLEY., *Los movimientos sociales, 1768-2008*, Crítica, Barcelona, 2009.
- TRAVERSO, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, en Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2009.
- URÍA, Jorge, *Una historia social del ocio: Asturias 1898-1914*, Comisión Ejecutiva Confederal de la Unión General de Trabajadores (UGT): Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1996.
- URÍA, Jorge, *La España liberal (1868-1917): cultura y vida cotidiana*, Síntesis, D.L., Madrid, 2000.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco, *Burguesía y cultura: los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Siglo XXI de España, Madrid, 1980.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, 1885-1912*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1985.